

RELATOS

FAMILIAS DE
PERSONAS TRANS

gracias por compartir
las vivencias

grupo de familias de personas trans



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con la salvedad prevista por la ley.

Primera edición: enero 2022

Fotografía de la portada: Creative Commons CC0
(Pixabay.com)

© del texto: Grupo de familias de personas trans

© de esta edición: Trans Familia

www.transfamilia.org

Edición a cargo: Carmen Sánchez Bárcena

ISBN: 978-84-15526-81-0

Este libro de RELATOS FAMILIAS DE PERSONAS TRANS reúne las experiencias de algunos de los miembros del grupo que de forma generosa comparte con otras familias por si su experiencia les da un poco de luz en este camino de crecimiento en el género.

A nuestres hijes que nos han abierto nuevos horizontes.

Gracias

Este libro de experiencias, es el relato de algunos miembros del grupo transfamilia.

En sus relatos comparten sus sentimientos y experiencias en la primera fase de su encuentro con la realidad de género de sus hijes.

A partir de ese momento, los relatos han ido cambiando dado que nuestros horizontes en el tema del género han ido enriqueciéndose. Estamos desaprendiendo y nutriéndonos de una mirada más amplia en el tema de las identidades más allá del binarismo.

Agradecemos la generosidad de todes en este proceso de compartir y acompañarnos.

Carmen Sánchez
Coordinadora de transfamilia.

INDICE

ADANSONIA BOABAB: NECESITÉ ENTENDER, SABER, CONOCER, APRENDER...

ANNA: TRANSICIÓN

BELISA: HISTORIAS DEL TRÁNSITO

CARLA NEBOT: UN CAMINO DE OPORTUNIDADES

CARMEN SÁNCHEZ: EN BUSCA DE LA LUZ

EDU DESANTS: LA SÉPTIMA OLA

ÈLIA: TRANSITANDO

ESTHER MONSO: ¿EL TRANSITO DE SAM?

FRANKY: MI RELATO

JUNIOR CANAL: PASA LA VIDA Y NOS PASA A TODOS

JOSEP SANTISTEBAN: RELATO

LUCIA CHIARI: UN HIJO BASTANTE.....¡INUSUAL!

MARÍA ISABEL ANDRADE: ANOCHE SOÑÉ.

MAR: PROCESO DE TRANSICIÓN

MAXI: UN RELATO, UNA EXPERIENCIA, UNA VIDA

PITIUSA: RELATO TRANSGÉNERO

SAULO I MARIBEL: UN DÍA DE FINALES DE AGOSTO DE 2016

SERENA R.: TRANSITANDO

Adansonia Boabab

NECESITÉ ENTENDER, SABER, CONOCER, APRENDER ...

Desde que soy madre de una chica trans tengo otra mirada al género de las personas.

- Mamá, no estoy en mí -me dijo así...y yo no entendía eso que me decía.

No estoy en mí, me repetía, mirada ausente, pocas palabras y tristeza en la cara.

Perdida la niñez no supe comprender, ¿qué le pasaba? ¿por qué se aislaba?

Había sido una infancia feliz llena de risas, de entusiasmo, de alegría, de proyectos de vida...

y poco a poco, a medida que crecía se inhibía.

Creció, su cuerpo se estiró le creció la barba, se agravó su voz...

y en la misma mediada perdió el entusiasmo y perdió la ilusión.

No estoy en mí, me dijo un día y a partir de ahí lo repetía y yo...no lo entendía.

- Mamá, quiero quitarme la barba,

- ¿Por qué?

- Me molesta, no la quiero...

- Aféitate.

- No quiero hacerlo, quiero quitármela para siempre, de por vida...

Y aun así yo no entendía ¿una moda?, ¿una manía?... nada sabía...

Y llegó ese día de febrero donde supe algo nuevo:

- Mamá he ido a Trànsit.

-¿Qué es eso?

Me explica, pasea, da vueltas... algo ha cambiado en su mirada, algo ha cambiado en sus palabras, veo otro ánimo...

pregunto...poco a poco me entero, siento desconcierto...

-¿Qué es eso?

- Me están ayudando...

-¿Psicóloga, hormonas, depilación, ropa nueva...?

Pocos meses después, yo necesité entender, saber, conocer, aprender,...

¿Dónde pregunto? ¿A quién?

Dudo, por fin me decido y envío el correo al grupo de familias de personas trans.

Me presento, explico y digo:

-Voy un poco perdida porque esto es nuevo para mí. ¿Podrías ayudarme?

La respuesta fue inmediata, ahí estaba Carmen: Ánimo que este proceso que comienzas parece muy duro, pero también es de un increíble crecimiento.

Quedé con ella, se explicó de forma cercana y experta... ¡que de cosas me quedan por saber, conocer, aprender y desaprender!

En el grupo hay personas diversas, que una vez estuvieron tan perdidas como yo. Cuando han llegado personas nuevas me he sentido identificada, me he emocionado con sus relatos, con la visión compartida o diferente, con el punto de vista de cada participante...toda una experiencia.

Sigo en el proceso, con mejores y peores momentos compartidos con mi hija, pero es ella, poco a poco ya está en ella, va siendo ella...y queda camino y miedos y esperanza ...

Carmen, desde su larga experiencia acertó: es duro, pero es de un gran crecimiento personal.

Gracias grupo por estar ahí, muchas gracias Carmen, por hacerlo posible.

Adansonia Boabab

Mayo 2020

Anna

TRANSICIÓN

Como he vivido la transición de mi hijo

Si tuviera que resumir en pocas palabras lo que ha significado para mí la transición de mi hijo estas serían alivio, aprendizaje, admiración y satisfacción.

Cuando, a principios de 2015, supe que la primera criatura que había parido no era una niña, como todos habíamos dado por supuesto por las apariencias, entendí su malestar durante su adolescencia.

Para mí que a una niña no le gustaran las muñecas ni los vestidos no era nada extraño. Tampoco le gustaban los botones. Cada uno es como es y tiene sus preferencias. Yo misma no soy un ejemplo de lo que se entiende por feminidad. No me maquillo, no me tiño el pelo, en invierno llevo pantalones porque abrigan más y en verano vestidos porque voy más fresca. Básicamente soy práctica. Así que mis hijos iban vestidos ambos de la misma manera, con ropa cómoda y fácil de poner y quitar: pantalones con goma, camisetas, jerseys ...

Todo iba bien hasta los 10-11 años de Ariel en el que comenzó a tener una actitud de rechazo hacia nosotros, sus padres, lo que yo atribuía a la preadolescencia, pero también se fue distanciando de su hermano (con quien se lleva menos de dos años y hasta entonces se lo pasaban muy bien juntos).

De los 12 a los 18 años, Ariel sufrió bullying durante un tiempo, lo cambiamos de instituto, dejó la ESO y comenzó un grado medio de diseño gráfico pero no fue hasta que empezó a hacer cursos virtuales de diseño por su cuenta, sin horarios ni obligaciones, que la cosa empezó a cambiar. En ese momento yo pensé que la inadaptación al sistema educativo era el problema porque Ariel era, y es, muy crítico con el sistema educativo. Después me di cuenta de que esto no era todo porque, aunque en parte había mejorado, Ariel seguía somatizando un malestar.

Estos años fueron muy difíciles porque siempre iba a la suya, estaba de mal humor y agresivo y no sabíamos qué le pasaba ni cómo ayudarle. Probamos con un par de psicólogas pero no le fueron bien. Él tampoco sabía demasiado qué le pasaba. Fue una época de

desconcierto y de impotencia.

Es por todo ello que digo que cuando supe que no se identificaba con su sexo asignado fue un alivio para mí.

Además, la relación entre los hermanos se recuperó. Es más, ahora Ariel anima y ayuda a su hermano cuando le hace falta.

Yo he tenido un par de criaturas y cuando nacieron no tenía ni idea de cómo serían cuando crecieran ni me había creado ninguna expectativa concreta. Las criaturas nacen y van cambiando a lo largo del tiempo tanto física como psicológicamente. Para mí la transición de Ariel forma parte de esta evolución y, aunque no se me había ocurrido que las cosas irían por ahí, no me produjo ninguna sensación de pérdida.

Mi hijo me descubrió todo un mundo que ignoraba. De los trans lo único que sabía era que existían y sólo tenía constancia de trans hombres y trans mujeres y lo veía como algo minoritario y marginal.

Ariel me llevó a Trànsit, a ver a Rosa Almirall, gran persona, para que me explicara el tema de la hormonación que a mí no me hacía mucha gracia. Sin embargo yo tenía muy claro que no tenía nada que decir, sólo tenía que hacerme a la idea. En esto el único que tiene derecho a decidir es Ariel porque se trata de su cuerpo.

También me introdujo en el grupo TransFamilia donde me encontré con muchas personas, cada una con su historia, lo que me permitió conocer muchas realidades diferentes y muchas formas de vivirlas.

También me hizo interesarme por lecturas, videos y charlas sobre el tema.

De ahí el aprendizaje.

Ariel, no se limitó a hacer su transición sino que, además, decidió hacer activismo trans no binario. Con otros compañeros crearon Joves Trans de Barcelona que, entre muchísimas otras cosas que promovieron, lograron, después de hacer un vídeo crítico, que provocó otras reacciones, que TV3 rectificara y reemitiera el programa 30 minuts que hicieron sobre menores transexuales pero ampliado con su testimonio de trans no binarios (el equipo de 30 minuts les había entrevistado pero al hacer el primer montaje del programa descartaron su intervención).

De ahí la admiración.

Ahora bien, Ariel es un activista, un luchador, pero no se le puede pedir que sea un superhéroe y se vio empujado, por presión social, a hacerse una mastectomía. En su caso el uso del binder no era factible porque le oprimía demasiado e ir por el mundo con pechos y barba, como iba por casa sin ningún reparo ni inconveniente, en la calle le habría traído problemas. A él no le molestaba tener pechos pero, por su tranquilidad (y, de hecho, por la mía también), prefería pasar desapercibido en público. Si se hubiera hecho la mastectomía para sentirse mejor consigo mismo me hubiera parecido bien pero que se la haya tenido que hacer porque la sociedad no es capaz de aceptar cuerpos diversos, he de reconocer que me ha dado mucha rabia.

Hasta el verano pasado no tramitó el cambio de nombre y, desde septiembre pasado, por fin tiene el dni con su nombre.

En esta transición, que Ariel se ha trabajado mucho, buscándose la vida y arreglándose las por su cuenta, he tratado de facilitarle las cosas, haciendo saber a la familia y a mi entorno su cambio, acompañándole cuando había elecciones por si tenía problemas con la no correspondencia del nombre del dni y su aspecto, pagando la mastectomía, acompañándole a hacer trámites... Todo ello con su consentimiento o a petición suya y eligiendo él el qué, el quién y el cuándo.

En definitiva, he intentado acompañarlo tan bien como he sabido en su transición. Esta era y es la intención pero, seguro que me he metido en cosas que no tocaban o no he respondido como era necesario en algún momento determinado.

Siento que haya sufrido durante tanto tiempo, no haberme dado cuenta antes de lo que le pasaba y también, al principio de su transición, haberme equivocado llamándole por el nombre que le habíamos puesto cuando nació o tratándole con el pronombre equivocado. Son cosas que seguramente son difíciles de evitar pero eso no quita que me sepa mal.

Para terminar, siento una gran satisfacción de ver como sale adelante.

Anna

Junio de 2020

Belisa

HISTORIAS DEL TRÁNSITO:

1.-Todos salimos del armario (9/2/20)

¿Cuántos grupos te quedan? Ésa fue la pregunta que me hizo Mónica cuando les conté a mis compañeros del taller de fotografía que ahora tenía un hijo. Cuando les conté todo el proceso. Desde el principio.

Era el cuarto, quizás el quinto grupo de amistades a los que repetía el cambio que había llegado a nuestras vidas. Había perdido la cuenta, de las veces que repetía la historia. En realidad, no la repetía, la volvía a vivir, la contaba diferente cada vez, porque cada vez era diferente.

¿Y cuántos grupos te quedan? Buena pregunta. No te das cuenta de la cantidad de personas que conoces, con las que tienes una relación, con las que sabes que te vas a encontrar en un evento familiar, en una excursión, paseando por tu ciudad, el próximo verano, la comunión de un sobrino ya planificada.

Y tienes en tu cabeza la lista de las que te faltan. Y vas tachando a medida que avanzas en el proceso.

Y a algunas les dices que te sabe mal no habérselo dicho antes, que necesitabas tu tiempo para interiorizar las ideas, para generar un discurso, para aprovechar el momento y hacer formación, di- fusión, casi activismo.

Me preocupan cosas tontas; cómo se lo diré a esos vecinos con los que nos llevamos tan bien ... Si solo nos vemos en el ascensor y hablamos de pie, durante segundos, minutos. Necesito para explicarlo al menos media hora. Lo tengo comprobado. Entre media hora y una hora.

Mi marido lo lleva peor. Porque aún no ha empezado con su familia, tíos, primos, sobrinos.

No ve el momento. Y yo no puedo hacer el trabajo por él. Hoy le he

dicho, quedan dos meses para la comunión dónde nos encontraremos con todos. Y hay que decírselo antes.

Eso le genera presión. Normal.

Algunos me preguntan por qué tengo que contárselo a todo el mundo.

Lo tengo claro, para ayudarle. Para hacer más fácil este tránsito.

Para que cuando lo vean, le llamen por su nombre, y vea esa sonrisa que le aparece cuando se da cuenta que esa persona ya lo sabe y que no tiene que volver a salir del armario otra vez.

Que ya salí del armario por él, al menos, por esta vez. Que estamos juntos en esto.

2.-¿Ha cambiado algo en él ? (9/2/20)

No nos hicieron esperar mucho tiempo. A los pocos minutos de llegar a Sant Joan de Déu, se acercó a nosotros Agustí, con una inmensa sonrisa a recibirnos. Sonrisa que me pareció franca pero que debe tener practicada. Sabe que tranquiliza, que facilita la conversación.

Pasamos a una salita, te diría que como la que puedes tener en tu casa, acogedora, con un sofá, con una butaca, con una mecedora. Con cristales en la puerta, por donde te ven desde el exterior y tú ves lo que pasa afuera. No se parece a una consulta de hospital. Eso ayuda.

Nos sentamos y hablamos. Y nos dice que somos la primera familia que se sienta como nos hemos sentado nosotros. A mí me sorprende, nos hemos sentado los tres en el sofá, con nuestra criatura en medio. A mí me parece normal, pero no lo debe ser tanto.

Las formas importan.

Y nos refuerza como padres, porque estamos allí con nuestro hijo.

Porque hemos llegado hasta allí los tres. Eso, también me sorprende, pero agradezco el refuerzo delante de él.

Supongo que está bien que se valore el haber llegado hasta allí. Han sido 4 meses de recorrido.

Y cuando nos quedamos solos y sale nuestro hijo de la sala, nos hace una pregunta que no esperaba. ¿Ha cambiado algo en él? Desde que os lo ha dicho, ¿hay algo diferente?

No sé qué contestar, y nos repregunta...¿está más cariñoso?

¡Anda,... pues es verdad! No habíamos caído. Sí, está más cariñoso, busca más el contacto, el abrazo, que te sientes en su cama y le escuches, cuenta más cosas. Lo pienso y me doy cuenta que me abraza más que antes, mucho más, diría.

Es verdad, está más cariñoso. Gracias por hacérselo ver, Agustí.

¿Estoy tan ciega por el proceso que no me doy cuenta de lo importante?

Me propongo a mí misma respirar de vez en cuando, alzar la vista, salirme del proceso, dejar de ocuparme de las tareas que me tocan de este tránsito y disfrutar todo lo bueno que me está dando. Que no es poco.

3.-Gracias, pero no es lo mismo (23/02/2020)

Es la cena de fin de curso del taller de mi afición favorita. Todxs hablan sin parar y voy midiendo cuándo será el momento adecuado. Sé que a partir de entonces ya no habrá más tema en la sobremesa. Por eso es mejor esperar a que todo el mundo lo cuente todo, que no quede nada por explicar.

Pero no veo llegar el momento. Todo está muy animado. A ver en el

postre...

Y de repente, veo el hueco; se hace el silencio de nanosegundos en mi entorno más cercano y a pesar de que el resto de la mesa sigue con la conversación, me digo a mí misma que ahora sí es el momento, y suelto:

- Una cosa, escuchadme un segundo que os quiero contar una cosita.

Y se hace el silencio... una frase así es la antesala a algo interesante, o, diferente ... ya tengo la atención de todo el mundo. Respiro.

Y cuento el tránsito de mi hijx y de la familia, porque conocen a mi hijx y nos veremos juntos en breve.

Y quiero seguir el guion que ya tengo ensayado, pero esta vez no me funciona igual. Alguien dice, ah, bueno, pues bien, ¿no? y empieza a explicar que conoce a alguien.... y veo que se pone a buscar en instagram y me lo enseña.

El amigo de su prima, o la prima de su amigo, que es travesti o transexual, no sabe, y me enseña una foto actuando en un cabaret y que es una profesión muy digna y que tranquila, que ya veré qué bien.

Me quedo en shock y quiero contestar que no es esa la idea...

Pero no me da tiempo, otra compañera interrumpe que su sobrina ahora es muy feliz pero que tardó mucho en contarle a su familia que era lesbiana y que ahora se ha casado y que fenomenal.

Y quiero contestar también a esto. Se me acumula el trabajo.

¿Cómo explicar que la vida no cambia, que es la misma persona, que sigue siendo el mismo adolescente que quiere estudiar ciencias, que le gusta el fútbol y que le gusta su vida? Que su orientación sexual es

otra cosa, y que gracias por los ejemplos, pero que no es eso.

Y me miran como diciendo que solo querían ayudar. Y lo entiendo.

Pero pienso que a veces es mejor escuchar que aportar las propias experiencias. Al menos al principio. Y desaprender lo aprendido para empezar un aprendizaje completamente nuevo.

Me temo que queda mucho por explicar. Y no me rindo.

4.-Contarlo en el trabajo, ¿sí o no ? (2/3/20)

Hoy ha sido el día. Esperaba el momento adecuado. Y hoy entraba un técnico nuevo. Aprovecharía ese momento para presentarlo al equipo y después contarle.

Había convocado dos horas antes la reunión de 15 minutos para todo el departamento. Pedía asistencia y decía que era corta.

No quería convocar antes para no generar más expectativa de la necesaria. De todas formas, nadie intuía nada. Bueno, todo el mundo estaba seguro de que les iba a hablar del coronavirus: protocolos, indicaciones, precauciones, etc., poca expectativa.

Pero cuando empiezo a decir que es un tema personal y que no tenía claro si lo tenía que contar, las caras cambian. De un cierto pasotismo pasamos a una preocupación por si se trataba de un tema de salud.

Y lo digo. Voy pasando por las caras de cada uno. Las reacciones tímidas, expectantes, denotan sorpresa y sobre todo empatía.

Y explico por qué lo he hecho. Es un tema sabido que los temas personales no son para el trabajo, quizás para tus compañerxs más allegadxs, esos amigxs que siempre tienes en la oficina. Y hay tabú con explicar lo más íntimo. Lo sabe todo el mundo.

Pero sé con seguridad que en algún momento lo explicaré a alguien porque me preguntará por mis hijxs y también sé que a partir de ese momento será un secreto contado a voces, que pasará de boca en boca y que seguirá siendo tabú y que nadie se atreverá a preguntarme nada. Por miedo a no ser candidatx a tener esa confesión en su cabeza, por pensar que no son del círculo íntimo. Por miedo a decir algo que no sea adecuado.

Y es justo lo que no quería.

Quiero normalizar que tengo un hijo transgénero y que no pasa nada.

Que es la misma persona y puedo hablar de él con tranquilidad, de sus estudios, de sus logros, de los goles que marca.

Que con cada caso que visualicemos, crearemos una red cada día más grande de convivencia y de respeto con la diversidad. No solo de género, de sexo, racial, funcional, afectiva.

Que cada persona que lo sabe, lo contará a su familia, a sus amigos y así crece la red.

Hagámosla infinita.

5.-¿Y mi cita con el médico ? (31/3/2020)

Noveno día de confinamiento. Teletrabajando. 12 horas diarias y lo que nos queda.

La pandemia, ese guion de película de sobremesa, con personas en traje blanco desinfectando calles, con personal sanitario luchando en las trincheras, la incertidumbre por los trabajos, la economía, los aplausos de las 8 de la tarde, las clases de zumba por Internet, y los días pasan.

Y ya sabemos que mínimo serán dos quincenas. Bueno, en realidad

sabemos que será mucho más, la pregunta es, cuánto más...

- Y mamá, ... una cosa, esto no afecta a mi cita con la endocrina, ¿verdad? ¿Me van a poner mi inyección? ¿Me van a poner los bloqueadores?

Me pregunta con miedo en la voz. No sé cómo decírselo, que esto no va de una guerra de los médicos contra un virus.

Esto nos afecta a todos. A todos.

Envío un mail a SSJD (que quiere decir Súper Sant Joan de Déu) y sí, no hay problema, haremos la vista por teléfono.

- ¿Y podré ir a pincharme?

Más preguntas sin respuesta. Lo veremos cuando llegue el momento.

Y llega el día, sin pereza para levantarse porque tenemos cita a primera hora. Primero, los preliminares, que todo ha cambiado, que pasan visita desde casa, que si no se puede ir al hospital. Re- pasamos los resultados, todo bien, estás sano, puedes empezar el tratamiento.

Pero no ahora. No puedes ir al CAP, no te pueden pinchar. Nos da visita para mayo, esperemos que presencial.

Lágrimas en los ojos, desánimo. Lágrimas por tantas ilusiones, por todos los que empezaron su tratamiento y tuvieron que pararlo, por ilusiones rotas.

Este virus arrasa con todo, con lo importante y lo urgente, la salud de todos, con el desplome de la economía, con la ruina de tantos, pero también con nuestro día a día, con las escuelas cerradas, paseos a media tarde, cenar con amigos, bodas aplazadas, viajes cancelados y, también, con los tratamientos que nos iban a ayudar a ser lo que queremos.

Pero, pasará y las ilusiones no se pierden, sólo se mantienen y se alimentan con la esperanza de que ya queda menos.

#yomequedoencasa

6.-Los niveles (4/7/2020)

Mi hijo dice que ahora se ve capaz de conseguir cualquier cosa.

Es curioso, hace 4 días estaba lleno de miedo y de rabia. Y nos enfadábamos mucho. Un día me dijo que yo era su problema. Y no hace tanto de eso, un año y medio quizás.

Mi hijo juega a la PlayStation. La transición se parece a un videojuego. Vas pasando niveles, etapas, fases del juego y a medida que las superas, llega otro nivel. Y eso es adictivo. Has superado una fase y quieres saber que hay en la siguiente. Te ha gustado ese nivel y quieres llegar al final. Pasando por todas.

Nosotros ya hemos llegado al nivel de la Testo (la T, la Testosterona). Y no porque llevemos mucho tiempo. De hecho solo llevamos 2 meses de bloqueadores y sólo dos días desde la primera dosis normal de Testosterona. Este nivel ya está superado. Al menos en su cabeza. Es un problema resuelto.

Pero desde hace semanas la pregunta es, cuándo vamos a ir a ver al médico ese, cuándo vamos a visitar a médicos para ver cuál escogemos. Efectivamente, se refería a escoger al cirujano que le va a hacer la mastectomía. No hay respiro.

Disforia, esa palabra que he conocido en el tránsito, y que según la Wikipedia significa emoción desagradable o molesta, como la tristeza (estado de ánimo depresivo), ansiedad, irritabilidad o inquietud, el opuesto a la euforia.

Y que se aplica al género en la disforia de género. Mi hijo la aplica a la sensación que tiene cuando quiere ir a la playa y a la piscina. O, cuando se imagina que va a hacerlo. En realidad pensar es anticipar una vivencia y puede ser tan dolorosa como vivirla de verdad.

Cuando has decidido que eres un hombre, tus pechos te generan disforia.

Y ahora, estamos en verano, en julio para ser exactos. Y tenemos todo el verano por delante.

Y la lucha es seguir con tu vida, aun sabiendo que te genera disforia, y poder disfrutar este verano, en el que cumples 16 años, edad mágica.

Y nosotros queremos que siga feliz, que siga superando niveles. Y que no tenga disforia. O, que la tenga por tiempo limitado o, que al menos, la disforia vaya a menos.

La semana pasada fue a la playa y a la piscina. Y saludó a nuestros amigos, vestido con su top.

¿Ha superado la disforia? No lo creo. Pero hace semanas que le dijimos que iríamos a ver a ese médico. Y creo que, sabiendo que la disforia que siente tiene un tiempo limitado, es capaz de aparcar el problema, como un nivel casi superado. Y, por eso, creo que ha decidido que va a ir a la playa y a la piscina este verano. Me parece de una madurez extraordinaria.

Ni siquiera he tenido que investigar mucho a qué cirujano íbamos a visitar. Ellos tiene un grupo, que se llama, “Trans Guapos” donde cuelgan las fotos de sus pechos, antes, durante y después de la operación. Donde comentan los detalles de la operación, las formas de hacerla, todo el proceso, todo el sufrimiento. Lo colectivizan, lo comparten, lo disfrutan, suena raro, pero cada logro es un éxito colectivo. Se hacen vídeos de cuando les quitan las vendas en el hospital y los cuelgan. Es fascinante. Y doloroso para quién no puede pagarlo y espera pacientemente año tras año en la lista de espera.

Nosotros somos afortunados. Tenemos hora la semana que viene. Cada dos días, me recuerda que el lunes tenemos visita. Y yo le digo que sí, pero que no es este lunes, que faltan tres semanas, que faltan dos semanas, que falta una semana.

Y me da miedo, la operación, el sufrimiento físico, el emocional... es tan joven.

Pero llegados a este punto de la partida, solo queda subir al siguiente nivel y hacer todos los niveles de la partida, bueno, tampoco hay prisa, tiene toda la vida por delante. Yo también la tengo para acompañarlo.

Isabel Escorza

Carla Nebot

UN CAMINO DE OPORTUNIDADES

Siempre había soñado que tendría una niña. Bueno, más que un sueño era un deseo, o más aún, era un convencimiento. Sería una chica inteligente, sensible, seria, mona, elegante, alta, esbelta, moderna... ah! y con la melena rizada. Lo podía visualizar con todo detalle, sin lugar a dudas, y me imaginaba vistiéndola, peinándola, comprándole pendientes...

Cuando me quedé embarazada por primera vez, ni me planteé que pudiera ser un niño. En ningún momento pasó por mi cabeza.

Si alguna vez lo pensaba, mi inconsciente lo apartaba de un manotazo.

El día que en una de las ecografías me dijeron que era un niño, no me lo podía creer. Me cayó el mundo encima. Esto no entraba en mis planes, no lo tenía previsto... Yo, una persona súper organizada, súper planificadora, que todo lo tenía controlado, y la vida me ponía delante un hecho que yo no había contemplado.

Absurdo y ridículo, pero cierto. Fueron días muy duros y lo pasé fatal, sobre todo por lo surrealista de la situación: estaba decepcionada con el mundo por un lado y, por otro, enfadada conmigo misma por haberme creído mi propia fantasía.

Pero poco a poco, fue pasando solo, con la ilusión del bebé que esperaba, con los preparativos, con sentirlo crecer dentro de mí... sin darme cuenta me olvidé de mi niña. Tendría un niño sano, precioso, listo y que nos llenaría de felicidad. Y efectivamente, así fue, nunca más me volví a acordarme de mi desengaño.

Cuando tres años después, me volví a quedar embarazada todo fue muy diferente: yo quería un niño y sabía que sería un niño, pero esta vez no había hecho planes y no me iba a permitir otra decepción, si era una

niña, también sería perfecto. ¡Y no, fue otro niño!

Y mira por donde, un buen día, poco más de 21 años más tarde de aquella primera gran sorpresa, volvió a pasar. Aquel chico que tenía que haber sido una niña, que yo siempre había soñado e imaginado como tal, ahora me decía que se sentía una chica. ¡Paradojas del destino...!

¡Dios mío! de nuevo volvía a pasar lo mismo, y esta vez contra todo pronóstico, sin previo aviso, ni una pista, ni un pequeño indicio. El mundo me volvió a aplastar, me quedé fuera de juego y sentí que me ahogaba. Sentimientos contradictorios me invadieron. ¿Por fin podría tener todo aquello a lo que tuve que renunciar? ¿Tendría ahora mi segunda oportunidad? ¿Cómo nos íbamos a enfrentar a lo que ahora nos ponía la vida por delante? Mil preguntas, mil dudas, mil incógnitas, mil miedos, se apoderaron de mí. Pero mi hija me necesitaba y lo esperaba todo de mí, no podía desfallecer, no podía dejarla, no podía tomarme el tiempo sabático que me hacía falta para recomponerme.

A continuación, inicié el periplo por todas las etapas del proceso: la de la negación, la de la aceptación, la del entendimiento, la de adelantarme a los acontecimientos y querer volver a controlarlo todo, la de la impaciencia por ver el final, la de escuchar y acompañar dejando que las cosas siguieran su ritmo (esta no demasiado...), y finalmente, en la que parece que me he quedado: la de aprender a vivir en una montaña rusa en constante movimiento.

Mientras tanto, no obstante, no he parado de informarme, de aprender, desaprender, de buscar soluciones, de visitar profesionales de todo tipo, de ilusionarme, de decepcionarme, de animarme, de desanimarme, de conocer gente y circunstancias... y mi visión del género ha cambiado y yo he crecido como persona con la transición de mi hija. He abierto las miras, he conocido un mundo que hasta ahora me estaba escondido y que se me ha presentado como una gran oportunidad.

No obstante, el agotamiento físico que arrastro desde hace mucho tiempo y los altibajos emocionales que sufro, me dejan muchas veces sin ánimos y me cuesta ver el final. Sé que hemos hecho muchas cosas,

que hemos recorrido un camino largo, que ha sido difícil y duro y que ha dado muchos frutos, pero siento que la estabilidad que hemos conseguido todavía es muy precaria y que cualquier nadería se la puede llevar por delante. Esto me da mucho miedo, me genera una ansiedad existencial que muchas veces no me deja disfrutar de los buenos momentos, y me vuelve débil, y me da mucha rabia.

Lucho contra mi prisa, contra mi impaciencia y contra mi necesidad de control. Quisiera que mi hija siguiera mi ritmo y viera las cosas como yo las veo, porque pienso que ahorraría tiempo y sufrimiento. Pero las cosas no van así. Yo soy yo y ella es ella, la puedo orientar, aconsejar o ayudar, pero nunca obligar o presionar a hacer nada. Y esto, me cuesta ... y me agota ... y, a menudo, me frustra.

Ella va a su ritmo, muchas veces aplazando cosas hasta el infinito, tanto cosas irrelevantes como cosas trascendentales y de las que depende su futuro, posponiendo decisiones sin ninguna razón aparente, de las más importantes a las más simples, y entrando en una contradicción consigo misma que yo no soy capaz de procesar.

Por un lado, se hunde pensando que ha perdido buena parte de su infancia y adolescencia y por otro se esconde bajo las sábanas dejando pasar un tiempo precioso que, cuando menos, le puede hacer disfrutar y aprovechar su juventud al máximo.

Y es que no está bien, le falta seguridad, le falta autoestima, tiene lagunas importantes en su pasado que no puede gestionar y que para ella son como un monstruo. A pesar de la ayuda profesional que tiene, no sabe cómo deshacerse de todo lo que le duele, tiene miedo de hablar, tiene miedo de recordar, y así es difícil que lo supere.

Pondrá una pared o lo enterrará bajo una losa muy pesada, como ha aprendido a hacer desde hace mucho tiempo con sus sentimientos y con sus expectativas, pero el monstruo allí estará arrinconado, encogido, y de vez en cuando volverá a hacer mal. Lo reavivará cualquier cosa: una mirada indiscreta o impertinente de alguien en el metro, un comentario poco afortunado de un camarero, un granito en la cara o el reflejo de su figura en un espejo. Y en ese momento volveremos al punto cero y nos parecerá que no avanzamos nada, que

no vamos a ganar nunca la partida, y nos pelearemos y diremos las mismas cosas de siempre, y lloraremos y gritaremos.

Y al final, alguien pedirá perdón y nos relajaremos, descansaremos y nos volveremos a levantar. Cada vez las crisis son menos frecuentes y más cortas, pero cada vez pensamos que volvemos al inicio del camino. Y es por eso que me da miedo entusiasarme e ilusionarme. No quiero toparme de nuevo con la decepción y con el desánimo, una y otra vez. Me agota y me supera.

Sé que vamos a salir, sé que algún día estará todo superado, aunque no olvidado, y también sé que todo esto nos hará más fuertes como personas y también reforzará nuestras relaciones, pero sobre todo sé que quiero que nuestra experiencia, nuestra vivencia, sirva para ayudar a otros jóvenes u otras familias que, como nosotros, descubran que nada es como nos habían enseñado.

Una de las mejores cosas que me han pasado en todo este tiempo, ya más de dos años y medio, desde que empezamos el proceso de transición, ha sido la oportunidad que nos ha dado el Grupo de Trans Familias de compartir todo lo que hemos vivido y que nos preocupa, de tenerlo que expresar con palabras a la vez que lo vamos entendiendo, de permitirnos escuchar a aquellos que tenían más experiencia y más conocimientos que nosotros y también de haber podido aportar nuestro granito de arena al grupo.

Y ahora, para terminar: el Coronavirus. Otro traspí en el camino, que vuelve a romper nuestra precaria estabilidad y que desmonta nuestra propia y recién estrenada normalidad.

Además de los inconvenientes y de la excepcionalidad de la situación de alarma y de confinamiento, tenemos que sumar mi contagio... Me ha cogido con las defensas muy bajas, con mucho cansancio acumulado y en una situación de vulnerabilidad física y emocional debida a la situación familiar y laboral de los últimos casi tres años, me ha dejado a cero de fuerzas y de energía.

Primero el confinamiento en casa, después del ingreso en centro hospitalario y finalmente la posterior cuarentena en casa, dan para

pensar mucho y para repasar el largo camino una y otra vez.

Y una vez pasado lo peor, ahora que ya empiezo a recuperar los ánimos y tener la certeza de que pronto volveré a estar bien, entiendo que esto ha sido un regalo de la naturaleza, una oportunidad de reconciliarme conmigo misma, de descansar , de desconectar, de bajar el ritmo y saber apreciar todo lo que tengo, todo lo que hemos ganado, todo el camino que hemos hecho juntos y sobre todo, todo lo que aún nos queda por delante.

El camino es largo y es difícil, pero sólo hay que encontrar la manera de disfrutar de cada etapa y de pensar que cada traspie es una nueva oportunidad.

¡El show debe continuar y nosotros seguiremos luchando!

Carla Nebot

Marzo-abril 2020

Carmen Sánchez

EN BUSCA DE LA LUZ

Un día como otros, compartiendo con mi hija...ruta, camino de las actividades del día, llegó el momento para ella de compartir conmigo algo esencial en su búsqueda de quién era y qué curso tomar en su vida, esas cosas de la adolescencia.

- Mamá, verás, tengo que decirte algo muy importante. Yo soy un chico....
- ¿Un chico? -pregunto yo sorprendida.
- Sí mama, ya sé que es difícil, para mi también lo ha sido encontrar quién soy, pero encontré a personas como yo y entendí que soy un chico trans.

Mi cabeza ordenaba ideas a toda pastilla y buscaba en mi memoria un concepto que no existía. Mientras ese proceso ocupaba mi mente racional, mi instinto me ponía en situación: mi hijo necesitaba una respuesta que yo no sabía, pero tenía mi energía para sumarla a la suya para lo que fuera. Me sorprendí a mi misma contestando de forma serena.

- Pues mira, no sé qué es ser trans, no sé muchas cosas, solo tengo la certeza que no cambia nada para mí que seas chico o chica, serás lo que sientas ser. Y sé, cariño, que esto no va a ser fácil, tendremos que remangarnos y buscar y luchar y lo que sea necesario. Juntos. ¿Puedes contarme qué sientes y cómo te puedo ayudar?

Y a partir de ese momento la vida abrió mi mente a preguntas que nunca me había planteado:

- Y las personas de las que me hablas ¿ cómo las encontraste? ¿Y podemos coincidir y me explicáis? porque no tengo ni idea de nada. ¿Y me puedes contar qué sientes y cómo te puedo ayudar?

Visto desde hoy, hay que ser ignorante para hacer esta pregunta. El vacío de referentes, de conocimiento de la diversidad en la vida, la historia...

Y a partir de ese momento, comencé a aprender de su mano todo lo que ignorábamos. Buscar respuestas, recursos, iguales, un camino duro y, a la vez, enriquecedor.

En mí empezó a nacer un sentimiento de rabia según íbamos buscando respuestas y el sistema no respondía: ¿Cómo en la sanidad, en ninguno de sus ámbitos, no tenían ni idea de algo que existía?

Y, empezar a descubrir los protocolos internacionales para definir a las personas trans, fue la gota que colmó el vaso de mi frustración con el sistema.

Por el camino encontré, en alguna asociación, familias que hablaban de duelo y sentimiento de pérdida porque sus criaturas ya no eran quienes deberían ser. Y me sentí extraña entre los iguales, que para mí son las familias de otras personas que transitan, porque no compartía esa sensación de duelo, mi criatura, si acaso, tenía más riqueza que antes, en un proceso duro, sí, pero no habíamos perdido nada.... Bueno sí, por el camino perdió la sonrisa y la inocencia que desprendía su mirada y dejó paso a una mirada adulta....

Tengo mucho que agradecer a aquellas personas que formaban el primer conato asociativo de personas que transitaban y que se organizaban para reivindicar derechos, para luchar contra la despatologización de la transexualidad como enfermedad mental.

Fueron tan generosos de darme espacio en sus actividades como una más Porque éramos personas que tenían la misma meta: poner en el plano de la igualdad el tema de los géneros. En esa lucha teníamos a los movimientos feministas cercanos apoyando..., haciendo piña para avanzar en las manís, en las protestas aprendiendo todes.

En mi entorno me decían: "Oye, que bueno, tampoco involucrarte tanto. Es cosa suya". Pero no, ... era cosa también mía, de todos, aunque aún no había calado en el entorno la necesidad de reconocer el derecho a ser quién sientes ser en el tema género.

Y lo fue desde aquella noche que mi hijo entró por la puerta con cara triste y, cuando le pregunte qué había pasado, su respuesta me dejó de nuevo desnuda de respuestas:

- Mamá, pasa que todo es muy duro para mí. Tú pisas fuerte porque te ven cómo eres, pero yo estoy en el vacío, no tengo suelo bajo mis pies.

Dentro de mí sentí el mismo vacío, no podía decirle otra cosa que lo que sentía y aun así le respondí:

- Mientras lo construyes yo te sujeto, no vas a caer.

Sí, si él caía, caeríamos juntos, porque yo también ahora tenía consciencia que, en cuanto al género, mi suelo se había convertido en frágil, consciente de que nada era como yo había aprendido. Claro, que no le pude decir que me sentía tan frágil como él en muchos sentidos. Ése era un trabajo de reaprender que me correspondía a mí.

Es cosa de todos reconstruir las creencias sobre qué es ser hombre o mujer ..., o no ser ..., o ser todo ... Cada vez cobraban para mí un sentido más amplio las consignas feministas, las reivindicaciones de derechos de igualdad y la aparición en nuestro mapa mental de un nuevo espacio que conquistar y que no nos habíamos cuestionado ... el género.

Sí, el transitar de mi hije, visto desde la distancia de los años, fue el despertar para mí de quiénes somos, y fue apasionante como crecimiento y doloroso por la frustración de no poder frenar las agresiones del sistema y de los propios colectivos que en ocasiones no ven con una perspectiva amplia la vida, porque esto va de vida, la de todos y todas.

Va de cambio de creencias, va de respeto a quién eres. Va de crecer, eligiendo libremente tu propia identidad.

Este proceso personal para nuestros hijos y para nosotros es un viaje sin fin, unas veces acelerado, otras reposado, y siempre, con estaciones de enlace donde compartir y reflexionar desde la visión de lo que ocurre en tu entorno, para no perder la perspectiva de todas las nuevas formas de reconocernos como individuos que se manifiestan.

Nada es nuevo en el tema de la identidad, todo está, solo que no hemos dejado espacio para que respiren. Y en eso buscamos crecer muchas familias juntas, apoyándonos sin juzgarnos. Creciendo.

En algún punto, las próximas generaciones, quizás, sean más reflexivas a la hora de identificar a sus criaturas desde el minuto cero de nacer, y no les apliquen los protocolos binarios de género que heredamos y aplicamos nosotros. Y, sin duda, las familias estaremos a su lado compartiendo.

Algo importante he aprendido, y es que somos la suma de dos conceptos: uno quiénes somos, que está en ocasiones disconforme a quién desde siempre nos han enseñado que somos. Y el otro, que no entraré a valorar ahora, y es por qué se nos configura como sujetos libres cuando en realidad no lo somos.

Seguiremos creciendo y compartiendo con las familias que sigan despertando al cambio del paradigma del género y creo que durante mucho tiempo, para eso creció transfamilia, para, en compañía de iguales, buscar reconstruir un espacio de respeto al otro desde el mismo origen del ser: La identidad.

Este viaje de la vida, siento que no hubiera estado completo sin mi hijo y su hermana que, con paciencia y conocimiento, han compartido una página esencial de la vida. Por su paciencia y generosidad mis gracias sinceras.

Edu de Sants

LA SÉPTIMA OLA

Existe una teoría no demostrada científicamente que explica que las olas viajan en grupos de siete, y que éstas van creciendo en intensidad y fuerza hasta llegar a la última. Si te coge desprevenido, la séptima ola te puede tumbar y arrastrar. No fue hasta lo que llamaré la sexta ola, que creé este paralelismo con lo que estaba viviendo. Y vi claro que llegaría la séptima, sin duda.

Ahora, con la perspectiva del tiempo, puedo describir cada una de las olas. Pero fue la número seis la que se ha quedado grabada en mi memoria. Aquel día de julio estábamos celebrando el cumpleaños de mi sobrino en la zona de recreo que hay en la montaña de Montjuïc, en Barcelona. Mi hija Ariadna, de 19 años, quiso dar una vuelta conmigo por el camino de ronda del castillo. Mirando el mar, y con una cierta timidez e inseguridad me dijo:

- No tengo claro si soy una chica o si soy un chico.

Recuerdo, como si en ese momento se paraliza el mundo. Le confesé que me costaba entenderlo. Y recuerdo que le hice alguna pregunta, seguramente estúpida, porque sé que le provocó una mala reacción.

Hoy en día, podría hablaros de cada uno de esos momentos que, llegados a este punto, podría definir como las 5 olas previas. Momentos puntuales, como aquella vez que con 4 años la regañaron en la escuela porque quería hacer como los niños, hacer pipi de pie, o momentos más difusos, como los ataques de ansiedad que aparecieron cuando llegó la adolescencia.

Sus dificultades para encajar en un mundo que no era el suyo, pero que aun así, se esforzaba en asumir. Todos estos momentos invadieron mi mente aquella tarde de verano en la montaña de Montjuïc.

Pero si llegado a este punto, me pusiera a explicar las cinco olas previas -que seguro aparecerán a lo largo de este escrito- este relato no se ajustaría a lo que he pretendido cuando he empezado a escribir. En ningún caso he querido describir su vida, sino cómo la séptima ola llegó, y como un tsunami lo volteó todo.

La cuestión quedó aparcada por unos días. Ingenuamente, era como si al no hablarlo no existiera. No me quitaba de la cabeza lo que me dijo. Siempre he sido una persona con una mentalidad muy abierta. Había aceptado y vivido con toda normalidad que tuviera parejas de su mismo sexo, y por nuestra casa había estado pasando algunos fines de semana un chico trans amigo suyo que venía del sur de Cataluña, de las tierras del Ebro, y nuestra relación con él siempre había sido muy natural, sin ningún tipo de prejuicio. Pero algo dentro de mí rechazaba lo que me contaba.

¿Y por qué me negaba a aceptar como cierto todo lo que me estaba contando?

Tengo que ponerlo en el contexto del momento.

Desde los quince años mi hija sufría ataques de ansiedad muy severos, que le habían llegado a provocar graves problemas. Ahora me parece absurdo, pero en aquellos momentos llegué a pensar que al decirme que se sentía chico, en el fondo no era más que construir una nueva personalidad, huyendo de la que tenía y que tantos problemas le creaba. Dudé, creyendo que en el fondo no era que se sintiera así, sino que inconscientemente estaba "construyendo" una nueva persona.

Ahora, cuando lo pienso, me duele haber llegado a pensar de esta manera. Fui incapaz de ver las señales que había dejado por el camino antes de llegar hasta aquí.

Por ejemplo, su trabajo de investigación de Bachillerato se tituló "Deconstruyendo el género". Un trabajo que en un principio iba a ser sobre los roles de género en la sociedad y que se acabó convirtiendo

en un análisis mucho más profundo. Y mientras hacía este trabajo, en el instituto, con ayuda de otra estudiante, se dedicó a quitar todos los indicativos de género de los aseos, lo que casi le cuesta la expulsión. Aquel segundo de bachillerato fue, todo el curso, la quinta ola. Ahora me pregunto cómo fuimos incapaces de darnos cuenta, y cómo podía ser que no fuera capaz de aceptar lo que me estaba confesando.

Llegó agosto y las vacaciones crearon un paréntesis.

Ahora parece como si aquel paréntesis de agosto hubiera sido el tiempo que se dio para encarar con fuerza el paso más importante. Era la calma que planea el mar para coger fuerza y crear la séptima ola. Esta vez no lo encaró desde la duda, desde un "me parece". Esta vez fue directo. No nos dejaba espacio por las dudas. Sólo nos informaba. Era un chico.

Ya había ido al centro Trànsit (centro del departamento de Salud de la Generalitat de Catalunya que acompaña y asesora a las personas trans) y frente a su entorno se había mostrado como lo que era. Ariadna quedaba en el pasado, y Rai ocupaba el futuro. Todos sus amigos ya lo llamaban con el nuevo nombre y se dirigían en masculino. Y nos pedía que en casa hiciéramos lo mismo. Nos podía dar tiempo, pero nos advertía que no soportaba que nos dirigiéramos a él en femenino. Nos costaba mucho. Aunque queríamos poder hacerlo, de mi boca no salía con naturalidad dirigirme en masculino.

Para no herir su sensibilidad me convertí en un experto en crear conversaciones sin género, porque de mí no salía espontáneamente tratarlo como a un chico. Hacerlo me parecía una impostura. Pero muchas veces me confundía y volvía a hablarle en femenino.

Ser padre conlleva muchas alegrías, pero también conlleva preocupación y sufrimiento.

Un padre que se encuentra en una situación como la que yo me encontraba, tenía dos opciones. Continuar con mi esquema mental y no poder entender nada, o intentar encontrar respuestas a los millones de dudas y preguntas que se me podían plantear. Nos teníamos que esforzar para volver a crear de nuestro hogar, el espacio

seguro y protegido que él necesitaba y que pedía a gritos silenciosos.

Y aquí empezó mi tránsito. Nuestro tránsito, para decirlo correctamente. El de toda la familia. Quien mejor lo aceptó desde el principio fue mi hija pequeña. Con qué franqueza respondió:

- Y, en el fondo, ¿qué cambia?

Nunca tan pocas palabras habían llegado a la esencia. Y, a mi mujer, le debo la decisión de dar el primer paso y ponerse en contacto con familias que pasaban por la misma situación. Sin el espacio de Transfamilias nada hubiera sido igual.

Lo primero que hice fue ir yo mismo al Centro Trànsit. Y tengo que decir, que me ayudó mucho hacerlo y haberlo hecho acompañado de mi hijo Rai. Pude preguntar dudas, aclarar miedos, y entender.

De aquella visita salimos con una receta de hormonas, las que compramos en la primera farmacia que encontramos. ¿Sabéis qué es lo que más me impresionó en ese preciso momento? Su cara de felicidad. Se sintió aliviado.

Se sentía comprendido por su padre por primera vez. Y yo me sentí más cerca de él de lo que lo había estado en los últimos días. Viendo su felicidad y la seguridad en su determinación me creó una calma difícil de explicar.

El siguiente paso imprescindible que tuvimos que hacer fue explicarlo a la familia. Si bien, tíos y tías de Rai lo entendieron y aceptaron sin problemas, con sus dos abuelas no fue tan fácil. Pero al final, aunque les costara (ya que entenderlo creo que no lo conseguirán nunca), lo han acabado aceptando. Y así, como círculos concéntricos, fuimos explicándolo al resto de amigos.

Cuando al principio de mi escrito he comparado todo esta vivencia como un tsunami, no puede ser menos acertado. Un tsunami que se ha llevado por delante muchos prejuicios, muchos aprendizajes que no han servido para nada, sentimientos de culpa y moralejas tóxicas.

En todo este proceso hemos aprendido mucho juntos. Hemos conseguido aprender uno del otro, todos de todos. Hacer que la familia sea un espacio seguro, dónde todos encajamos. Descubrir que hay realidades más allá de las fronteras impuestas. Hemos aprendido a deshacer prejuicios. Y darnos la mano cuando lo necesitamos.

Es evidente que queda un largo camino por delante. Pero hemos decidido recorrerlo a su lado.

Edu de Sants
Mayo 2020

Èlia

TRANSITANDO

Hacía casi veintiún años que yo era madre de una niña alegre y con mucho carácter que tuvo en la adolescencia etapas muy difíciles, como tantos adolescentes.

Hacía tanto tiempo que no le veía los ojos brillar... Un día:

-Mamá, tengo que decirte una cosa...No me siento una chica, me siento un chico. Soy un chico transgénero.

Dentro de mí, alboroto. ¡Ah, era eso! Por un lado sensación de sosiego. Por otro lado preocupación.

-Y desde cuándo te sientes así?

-No lo sé, casi desde siempre. He intentado adaptarme pero no puedo.

Aún inquieta, algo dentro de mí me empuja a estar a su lado.

-No sé casi nada de esto que te pasa, pero cuenta conmigo.

Al momento sus ojos se le iluminan. ¡Brillan de nuevo!

¿Hay mayor muestra de la certeza de su sentir, de su verdad interna?

A continuación sentimiento de culpa: ¿Cómo es que no me he dado cuenta? Cuánto sufrimiento habría podido ahorrarle...

-Y a partir de ahora, ¿qué? -le pregunto.

-Quiero ser tratado en masculino y cambiarme el nombre. Quiero operarme el pecho . Hormonarme no lo sé, quizás poquito.

Me doy cuenta que él está muy informado, pero yo...

-Mamá, si quieres, puedes pedir hora de visita a TRÀNSIT, ahí te informarán de todo lo que necesites. Es un espacio abierto en la Seguridad Social dónde atienden la diversidad de género. Yo ya he ido.

Siguiendo su recomendación, así lo hago. Necesito entender para poder acompañarlo.

Me siento muy bien atendida por el doctor que me recibe. Ahora aparece el miedo, muchos miedos.

¿Cómo comunicarlo a la familia, a los amigos, a los conocidos?

¿Será aceptado? ¿Cómo encajará en la sociedad? Y yo, ¿cómo me mirarán? ¿Quién me escuchará?

A esto sigue un sentimiento de soledad inmensa, inmensa...

Necesito compartirlo con alguien urgentemente, y recurro a una de mis amigas del alma.

-Lo que yo no entiendo -me responde- es por qué en este mundo cada cual no puede manifestarse como sienta con toda naturalidad.

Esta respuesta me alivia al momento porque sé que es sincera, y al mismo tiempo me sorprende que lo tenga tan claro.

El día que aparecen en el cubo de la ropa sucia tres o cuatro calzoncillos tengo un sobresalto. Es la constatación. Aquí me doy cuenta que, en mí y en este caso, el camino del intelecto y el de la emoción no van parejos.

Acordamos con mi hijo que a la familia se lo comunique yo.

Unos lo acogen con calma y curiosidad. Se ponen en contacto con él y nos encontramos todos en una cena para hablar, les apetece que les

explique su sentir. Lo agradezco y él también.

Al llegar notamos cierto cambio de formas. Algunos de los chicos, si bien antes lo recibían dándole un beso en cada mejilla, ahora le alargan la mano. Nos llama la atención, tanto a mí como a mi hijo.

Qué curioso cómo el cambio de género genera diferencias en la manera de acercarse a la misma persona que es.

El resto del encuentro se desarrolla entre conversaciones varias, en un clima de atención y respeto.

A los adultos el cambio de trato y de nombre les cuesta un poco, como a mí.

Los cuatro pequeños son los que con más naturalidad lo asimilan. Al llegar han saludado a Marta y al irnos se han despedido de Martí, punto. Nunca más se han confundido ni de nombre ni de género.

Con todo y el esfuerzo que hago para dirigirme a él con el nombre sentido, cuando me equivoco se enfada y me provoca dolor su reacción. ¿Cómo es que no entiende que necesito tiempo?

A otros les cuesta algo más todo ello. Adopto la actitud de cuidarlos. Les llamo a menudo durante unos días interesándome por cómo están. Pero yo me siento sola y un día digo ¡basta! Y a mí, ¿quién me cuida?

¿Estoy sola en esta pequeña ciudad, en esta situación?

Lo comparto con otra amiga. Busco a las personas que sé que son de mente abierta. Me dice que en situaciones parecidas lo que ayuda es encontrar a grupos de apoyo. Hace tiempo que busco si hay en el tema TRANS, pero no consigo encontrar.

Pasan un par de meses que se me hacen eternos hasta que, de nuevo una amistad, me pone en contacto con la persona que coordina el grupo de Transfamilias en Barcelona. Se me empieza a abrir el cielo.

Solo de pensar en la mastectomía el corazón se me encoge.

¿Por qué? ¿Es necesario? ¿No puede sentirse masculino sin tener que pasar por una intervención, sin modificar su cuerpo?

Ostia, esto tiene que ser posible algún día para todas las personas trans -pienso-. Tenemos que cambiar las miradas.

Intento entenderlo y me planto desnuda ante el espejo. Me pregunto si me estorban mis pechos. No.

¿Y si me pongo en su lugar, si hago sentir como que no los quiero, que no forman parte de mí? Entonces puedo entenderlo ... algo más.

De repente recuerdo las observaciones esporádicas que le había hecho sobre cómo vestía, especialmente en verano, y veo claramente que él no tenía la misma vivencia que yo de los pechos.

Confirmo que en la sociedad debemos modificar las miradas.

La imagen que me devuelve el espejo me abre a la reflexión sobre si yo misma me siento una mujer o no, y por qué. Lo respiro, y no tengo ninguna duda, me siento mujer. El porqué no lo sé.

¿Cómo debe ser sentirse hombre?

Todo y el intento de ponerme en su piel, conscientemente tengo la intención de dejar pasar el tiempo con la esperanza de que quizás reconsidere la decisión de la intervención.

Llego al grupo de Transfamilias poco después de que mi hijo me haya manifestado lo que yo recibo como ultimátum para la intervención. No puede más, dejará los estudios y trabajará para podérselo pagar. Hasta ahora, a veces, llevaba binders. Yo misma no entendía cómo podía aguantar su cuerpo la presión de esa prenda.

Evidentemente, no quiero que deje los estudios y prometo que sacaremos el dinero de debajo de las piedras para que se pueda

operar. Ahora sé que no cambiaré de idea. A sus ya 21 años poco más puedo hacer.

Un día, en casa, siento que me ahogo, no puedo respirar, me asusto. Por suerte, identifico pronto que puedo estar iniciando una crisis de ansiedad. Controlo la respiración y me calmo.

Siento la necesidad de poder encontrarme lo antes posible con el grupo Transfamilias.

Las reuniones son mensuales.

Cada vez que asisto siento como si alguien me cogiera la cabeza como una pelota, la zarandeara fuertemente y mis neuronas conectaran de nuevo, pero de otro modo.

Al grupo, ¡oh sorpresa!, cada mes llegan una o dos familias nuevas. ¡¡¡Ostras, si somos muchas!!!

Familias con hijos/as trans o hermanos o parejas. Personas con familiares de género neutro o fluido. Edades diversas...

Empiezo a descubrir cómo de diversos somos los humanos.

¿Cómo es posible que nunca nadie nos lo haya explicado?

Y voy aprendiendo muchas cosas, como por ejemplo que los atributos sexuales no determinan el género. Entro en contacto con todo tipo de terminologías nuevas.

El día de la intervención es duro de llevar para mí. A pesar de que estamos muy bien acompañados, la procesión va por dentro, intento mostrarme serena para no poner más nervioso a mi hijo. Cuando se lo llevan a quirófano me hundo procurando no demostrarlo demasiado. Mi hermana y el amigo trans me ofrecen un buen apoyo. Les estoy muy agradecida.

Y va todo bien, la recuperación también.

Es durante una sesión de Drenaje Linfático, que forma parte del protocolo de recuperación de después de la mastectomía, que mi hijo, recostado en la camilla, se ve en el espejo con el nuevo pecho desnudo y se le saltan las lágrimas silenciosamente. Me emociono, también en silencio, y me doy cuenta de cómo necesitaba aquella intervención...

Una confirmación más. Pequeños dolores me quedan dentro. Pero ninguno de ellos me hace dudar de cómo lo acompaño.

Es también durante estos días de recuperación que tomo conciencia de las buenas amistades que tiene. Hacen turnos para venir a casa a hacerle compañía cuando yo trabajo . Esto alivia el temor que tengo de que no sea aceptado.

Solo un amigo no lo entiende y no lo acepta. Noto a mi hijo profundamente dolido por esta reacción y le explico que seguramente hay que darle tiempo. Si es un buen amigo acabará aceptándole.

La reacción de mis amistades ha sido diversa. Ninguna de rechazo explícito.

Curioso el impacto que genera en mí aquello que no me verbalizan. Un tipo de lenguaje corporal que impacta en mi propio cuerpo y al que mi mente pone palabras, acertadas o no.

Algunos tardan tiempo en preguntar de nuevo por mi hijo cuando nos encontramos, cosa que era bastante habitual antes de la noticia, hablar de nuestros hijos e hijas...

No sé poner nombre al sentimiento que esto me genera (rabia, tristeza...). Siento su incomodidad...

Y, a la vez, lo entiendo. Yo también he tenido reacciones parecidas en algunas ocasiones en situaciones que nada tienen que ver.

¡Cómo nos cuesta normalizar la diferencia...!

No he sentido nunca que me tenga que despedir de mi hija. O quizás

sí... Martí es la misma persona que era, tiene el mismo carácter, defectos y virtudes.

En cambio, me doy cuenta de que sí debo despedirme de las expectativas que me había hecho, respecto a él , viviéndolo como chica.

Y me encuentro tomando consciencia de cuántas cosas había imaginado. Incluso me sorprendo.

Imaginaba mi relación con "ella", de adulta, hablando de mujer a mujer.

Que "la" vería, embarazada esperando una criatura con ilusión y amamantándola.

Que entonces, quizás, me sentiría más comprendida como mujer y como madre.

La veía una mujer luchadora, valiente...Una mujer más valiente que yo, pensaba, ¡qué suerte!

Pero parándome a reflexionar, intentando deconstruir creencias y ser objetiva, me doy cuenta que todo son proyecciones y necesidades mías.

En realidad, no necesariamente tendría que ser madre por el hecho de ser mujer, ni tampoco debería, necesariamente, amamantar a su bebé por el hecho de tener pechos.

Por otro lado, una persona luchadora y valiente continúa siéndolo. ¡Vaya si lo es!

En este momento del relato se me hace muy evidente, con un nudo en la garganta y un pinchazo en el pecho, mi necesidad más profunda: Sentirme comprendida como mujer y como madre. Esta es la clave de mi duelo, ninguna otra.

Esta necesidad me lleva a ver que tengo la creencia de que solo una mujer y madre me puede comprender.

Ahora me pregunto si ésta es también una creencia que hace falta que deconstruya o no, y cuántas más vendrán de la mano de mi hijo.

Todo este camino ha sido, es y será para mí una experiencia vital de crecimiento, no exenta de dudas, de dolores... pero con una gran oportunidad de ampliar la mirada.

¡Gracias hijo!

¡Gracias Vida!

Elia
Mayo 2020

Esther Monso

¿EL TRÁNSITO DE SAM?

Sam entra en nuestra habitación y me dice:

- Mamá, sólo con pensar en mañana ya me siento ansioso. Toca educación física y los vestuarios son un problema para mí.

Sam es el adolescente perfecto que todos imaginamos, aunque a veces te saca de quicio porque es “tan perfecto” que, como buen adolescente, también tiene la habitación a lo adolescente, es decir, todo mango por hombro, además de tener el típico despiste adolescente que enerva. A parte de esto, Sam, Irene en aquel momento, es perfecto. Buen hijo, comunicativo, excelente estudiante, con una gran inteligencia emocional (siempre haciendo de Pepito Grillo cuando hago algún comentario prejuicioso sobre una nacionalidad o una forma de hacer “rara”), nieto adorable y sin ninguna de las típicas tonterías que observo con frecuencia en los adolescente de su género y edad, en este momento del relato, femenino. Le encanta, tanto escribir como resolver problemas de física; disfruta realizando deportes de aventura y acción pero también leyendo un libro o reflexionando en una conversación profunda y reflexiva Me doy cuenta de que la razón por la que estoy súper contenta es porque veo que mi hijo ha conseguido construir su propia identidad, fuera de la impuesta por el sistema. Veo en él una mujer que hará cambiar muchas cosas porque será valiente, revolucionaria, asertiva, compasiva, fuerte...

Pero en realidad, yo sólo sé algunas cosas del Sam, no todo. Porque él, una personita que conocía tanto como a mí misma, ahora

es un ser independiente con sus propias opiniones y razonamiento. Y eso lo empiezo a descubrir en un domingo de marzo de 1998 a las 19h . Y de hecho, no lo descubro yo, me lo descubre Sam que no puede dejar de pensar que mañana le tocará ir a las duchas con sus compañeras féminas.

A mí no me ha parecido raro que durante los últimos meses Sam se haya cortado su larga melena. Yo no lo hice a su edad porque priorizaba la estética a la comodidad, pero Sam no es así , él es una mujer fuerte y por encima de esas cosas, y la verdad es que yo me siento muy orgullosa de esa seguridad y firmeza que muestra. O, que ya no quiera vestir nada que no sea pantalones (ni tan sólo los leggins de lana que tanto le gustaban y encontraba tan calentitos para el invierno, aunque no fueran tan fashion como sus mallas imitación cuero. Aunque eso sí que me extrañó) . Ni el hecho de que se niegue en redondo a depilarse. De hecho, entiendo que lo haga porque para él no son un problema, lo son para mí, que aún tengo la necesidad forjada a hierro en mi mente y, justamente por ello, me encanta que “ella” sea tan valiente y pase de todos estos convencionalismos sociales. Tampoco me ha sorprendido que hable continuamente de todas las luchas LGTB que encuentra en la red. Hace años que lo hace cuando encuentra un caso de discriminación por racismo, enfermedad mental, discapacidad funcional o cualquier otra razón.

Ni me ha parecido nunca excepcional que no se maquillase, ni que tan sólo lo pidiera porque, de hecho a mí, me habría encantado estar un poco menos pendiente de la imagen de lo que siempre lo he estado. En fin, todas esas cosa que después me apuntarán cuando les explique qué Sam ya no es mi hija, sino mi hijo. Es decir, todas aquellas cosas que yo no he visto porque, sin ser muy consciente, he impartido una educación no demasiado

convencional en cuanto al género. Puede, que inconscientemente, viera, viéramos, que tantas diferencias con el tema del género no respondía a una lógica demasiado clara.

Bueno, y aún no he explicado cómo terminó la charla con Sam introducida en las dos primeras líneas iniciadoras de este relato . ¿Cómo he llegado aquí? Pues, seguramente, porque estoy escribiendo esto dos años después. En aquel momento sólo le dije:

- ¿Quieres que te haga un justificante para que mañana dejen que te duches en casa?

Puesto que pensé que tenía que ver con comentarios anteriores que le habían hecho por no depilarse o por tener muy marcada la tableta (es lo que se dicen cuando son muy lisos de estómago y prietos). En realidad podría ser un piropo, pero para Sam, era molesto que le elogiasen tanto el cuerpo, puesto que para él no era lo más importante tener un tipo de “modelo”. No era la primera vez que venía molesto por comentarios sobre la necesidad de que se depilase o que exhibiera un poco más su “cuerpazo”.

Sólo me preocupó, al verlo medio lloroso, que estuvieran yendo a más los comentarios y entraran en el acoso. Entonces, él me respondió:

- Mamá, es que no quiero ir al lavabo de chicas nunca más. Ayer cuando Daniel vino a saludarte, vi que eso es lo que me estaba pasando los últimos meses. Mamá, yo me siento chico.

Daniel es un ex alumno mío que vino a decirme hola y a comunicarme su tránsito masculino y su nuevo nombre durante las puertas abiertas de la escuela en la que trabajo.

Y para esa revelación que me hizo mi hijo, sí que no estaba preparada. No lo había previsto.

¿Dónde estaba mi Irene fácil, comunicativa, expresiva...? ¿En qué momento me había perdido? ¿Cómo había estado tan ciega y no me había dado cuenta de nada? ¿Por qué no había venido a hablar de estas ansiedades antes? Nunca llora y ahora sí, ¿puede ser que tenga miedo de que no estemos a su lado? ¿Cómo es posible todo esto? ¿Cómo voy a poder ayudarle si no sé nada del tema trans? Bueno, un poco, pero muy poco. En fin, esta y millones de preguntas más que me llenaban la cabeza, pero que no sabía gestionar.

Y entonces le digo:

- *Espera, me siento y me lo explicas por favor.*

Porque no sé de qué me está hablando mi hijo. Hay algo que le angustia y yo no sé ni qué es, ni cómo podré ayudarle, o si sabré ayudarle. Además, yo soy del tipo previsor, con un plan para cada cosa. Antes de comer ya estoy pensando qué haremos para cenar y en enero tengo las vacaciones de verano planeadas y cerradas.

Y, ¿por qué no quiere ya ser mujer? Si es una mujer fantástica. No es como las otras, es verdad. Y ahora que lo estoy escribiendo dos años después, lo veo claro, porque he aprendido mucho de él y del grupo de familias trans en el que participo.

He desaprendido, pero sobretodo he aprendido mucho.

No, no es para nada como las otras, porque él no encaja demasiado en la características del género asignado al nacer, aunque a decir verdad, tampoco en las características socialmente

adscritas al género con el que se identifica. Pero está claro que él se siente más en ese género (eso me lo explica después) que en el femenino. Y al final, ¿no es un tema de sentirse? Porque, ¿yo como sé que me siento mujer? ¿Por mis genitales?

Y mientras yo hablo con Sam, Junior, mi marido, acaba de duchar a la pequeña y de hacer la cena. Junior entra para decirnos que tiene la cena lista y nos ve a los dos llorando. Le digo que no se preocupe, que no es nada grave, sólo un poco complicado, que ya vamos y cenamos. Mejor que no preocupemos a Lea. Después de un tiempo ya tendré más de una ocasión para darme cuenta que Lea es quien está mejor equipada para entender el tema trans, con menos prejuicios y menos convencionalismos aprendidos.

Aún no ha incorporado tan profundamente el binarismo en ella. De hecho, desde que Sam se lo explica ni una sola vez ha vuelto a utilizar el femenino para hablar con él y, una vez conocido el nombre, lo mismo .

Después de cenar, Sam le dice a su padre que se siente chico. De hecho, es extraño que me lo comentara a mí primero porque siempre ha tenido una relación muy intensa con su padre. Todo el mundo decía que era porque "las niñas son de papá" , pero yo sabía que no era por eso. No pasaba con Lea. Simplemente Sam por carácter y, quizás también por género, se sentía más referenciado con su padre, sobretodo de pequeño, hasta la adolescencia. Supongo que, como estaba conmigo cuando tuvo el momento Eureka con Daniel, fue a mí a quién quiso explicárselo primero.

De hecho, al preguntarle por qué no me lo explicó antes, me dijo que ni él mismo sabía lo que le estaba pasando. Que simplemente tenía el sentimiento de que algo no acababa de encajar. Y fue genial, porque él fue un referente muy positivo en aquel momento tan temprano del tránsito. Sobre todo, porque Daniel no nos dio en ningún momento la respuesta, sino la explicación de cómo había sido su experiencia vital y un buen consejo para Sam:

- *Observa, reflexiona y decide por ti mismo.*

Le expliqué que no hay nada escrito sobre cómo tienes que hacerlo. Pero, desde la desconstrucción puedes llegar a tu construcción o no. Una de las cosas que más nos ayudó de Daniel fue el hecho de que, si bien tiene sus propias opiniones, no las expone como si se tratara de verdades absolutas, estáticas e incontrovertibles.

De hecho, tuvimos mucha suerte en nuestro proceso. Y la seguimos teniendo y aprendiendo y desaprendiendo mucho: conecté con una asociación, con un planteamiento, absolutamente binario. Aún no conocía el significado del concepto y, en lugar de aprender, sentía que no era escuchada, sino reprendida y adoctrinada y culpada sobre cómo debía actuar, y cómo no. Dado que no me gusta recibir ni dar este tipo de acompañamiento por muy experta que sea la persona que lo da, decidí seguir “investigando”. A través de una amiga, cuya hija no actúa en el género convencional, entré en contacto con un grupo de padres con hijos trans: Transfamilia.

Desde el primer encuentro me sentí cómoda en el grupo. Hablando y escuchando en el grupo entendí que esto del género lo tenemos tan incorporado como “normal”, “natural” y “biológico” que para poder acompañar a nuestros hijos, primero tenemos que dejarnos acompañar. Hemos de salir de nuestro

binarismo para poder hacer de padres y aprender de nuestros hijos, porque ellos ya han hecho todo un trabajo de deconstrucción cuando nos lo explican.

De deconstrucción y construcción. . Hemos cambiado los roles. Ahora no aprenden ellos de nosotros, en todo caso, nosotros de ellos o, como mucho, con ellos. Pero como la vida no deja de enseñarte cada día, yo tengo claro que no quiero dejar de aprender día a día. Además me gusta. Así que puedo decir que tengo mucha suerte.

El tránsito de Sam no me ha quitado nada, a no ser que se quiera considerar la ignorancia como un atributo, y en cambio, me ha aportado muchísimo. Ahora entiendo una de las primeras frases importantes que oí en el tránsito y que me hicieron fuerte en mi propio proceso y me ayudaron esencialmente para poder acompañar a Sam:

- Sam no transitará. Él ya lo ha hecho. Ahora quien tendrá que transitar será todo el que esté a su alrededor.

Me impactó, pero no acabé de entenderla. Aunque supe que era una frase a la que tenía que seguir dando vueltas. Dos años después, la entiendo: Yo estoy transitando, Sam ya lo hizo.

Y aquí estoy. Cincuenta años casi y aprendiendo todo de nuevo, y sintiéndome muy afortunada por poder realizar este aprendizaje acompañada, porque eso es lo que más me gusta de venir al grupo de Transfamilia, que es un grupo donde me siento segura y relajada. No debo justificarme ni justificar a mi hijo. Obviamente, esta experiencia me ha dado muchas herramientas para hacerlo incluso cuando estoy fuera del grupo: me ha empoderado.

Cuando alguien me hace una de esas afirmaciones de lo que es normal o no, aceptable o no, ... sólo entro a reflexionar si veo que hay espacio. Si el otro ya ha tomado una decisión firme respecto a la validez absoluta de su punto de vista, ni siquiera me molesto en hacerlo. No es necesario. Ya le llegará el momento de despertar. O, tal vez, no tendrá esa suerte.

Yo, hace cinco años, no había reflexionado sobre el tema de género y creía que sabía mucho. Ahora, se me hace muy difícil leer la vida sin tener en cuenta la variante del género. ¿Quién sabe qué variantes más estoy obviando? Pero no pasa nada, seguiré pensando que no sé nada, pero que quiero saber más, porque me gusta ser cada día un poco más ignorante o, como decía Aristóteles, dándome cuenta de que sólo sé que no sé nada, porque quiero seguir aprendiendo.

Esther Monso.
Mayo 2020

Franky

MI RELATO

Nunca afronté con dificultad la identidad de género de mi hijx.

Porque cuando me confiaba su orientación sexual y su identidad, que pasó por ser lesbiana, bisexual y, finalmente trans no binario, algo en mí lo sabía desde que era muy pequeñx.

El quiere ser leído en masculinx, pero no se siente totalmente identificado con la masculinidad, ni con la feminidad, cree que identificarse por un género binario viene casi exigido por la sociedad y como no le gusta la masculinidad tal como es interpretada por la sociedad, ni la feminidad, se siente persona no binaria. Eligió un nombre neutro.

Lo acepté con calma y serenidad, lo acogí y acompañé.

No niego que fue algo totalmente nuevo y que no tenía la información necesaria o suficiente, pero él mismx me la dio, me resolvió las dudas, me lo hizo muy fácil.

Fue, y es afortunadx, por la aceptación en su círculo de amistades y familiares, no hubieron cambios muy grandes en nuestra nueva realidad, fui pasando por las etapas, cambios y operación de su mastectomía con calma, miedo porque es mi hijx, pero con calma y paciencia. Pero la más afortunada de todo este tránsito soy yo, porque he aprendido a acompañar sin presionar, a aceptar sin juzgar, a descubrir un mundo nuevo y gratificante, personas verdaderas, reales.

Afortunada por aprender, he crecido como persona en aspectos que me han servido para solucionar conflictos propios conmigo misma.

Afortunada porque he conocido otras realidades.

Sólo puedo dar gracias a esta nueva realidad. Gracias a mi hijx, que más bien nunca fue nueva, porque mi hijx siempre fue mi hijx, aunque él aún no sabía expresarlo y encontrarse.

Sólo puedo decir, gracias a la vida.

Franky

Junio 2020

Junior Canal

PASA LA VIDA Y NOS PASA A TODOS

Pasa la vida y nos pasa a todos, no la podemos parar y, éste no parar, te lleva a descubrir cosas que antes ni te habías imaginado que podían ser.

Tienes unas creencias que han convivido contigo desde que has nacido, te piensas que serás ejemplo de lo que has querido para los que más quieres y comparten la vida contigo.

Nos llenamos la boca con el término querer, pero cuando realmente se nota que estamos llenos de ese amor es cuando un ser querido plantea cosas que van desde su libertad, y esto hace que dentro se rompa alguna cosa. Porque así nos lo han enseñado, que cuando las personas no hacen lo que deben hacer, en nuestro interior hay una ruptura.

Pero, ¿quién lo dice? ¿Por qué no aprovechamos ese momento para demostrar que el amor es más que los puros convencionalismos? Y, de hecho, es un acto de amor respetar la libertad de los seres queridos.

¿A quién le tengo que gustar? ¿A quién le tengo que caer bien?

Cada persona tenemos una vida y ésta no la puede vivir otra persona. La tengo que compartir, tengo que amar, tengo que estar presente en cada momento. Por eso pienso, que el paso que ha dado mi hijo, no es más que algo más en esta vida. Es un acto de libertad, guste o no, pero es así.

Ha habido un duelo, sí, pero éste es debido a mis creencias, que en cierta manera, eran impuestas por alguien, por todos

nosotros. Siempre teniendo que demostrar que somos mejores que los demás, pero todo es fachada, una capa que nos envuelve. Pero no olvidemos, que dentro de la capa hay todo un interior que hace que seamos personas.

Durante un tiempo me sentí mal, porque no entendía. Pero realmente, ¿qué tengo que entender? Supongo que me había ayudado el hecho de saber respetar lo que una persona dice, lo que piensa, lo que uno a veces hace sin decir ... Todo esto hizo que me diera cuenta que no me importaba tanto el qué dirán las personas, porque yo también puedo hablar. Y si el decir puede ayudar, bienvenido sea. Sino, tengo que estar callado y olvidar lo que he visto.

Negro, blanco; alto, bajo; hombre, mujer; delgado, gordo; pobre, rico; bueno, malo... son binomios que hemos aprendido, pero con poco sentido. Cuando aplicamos el amor en lo que hacemos y en lo que intentamos transmitir, ¿qué más da si me gustan las mujeres o los hombres? ¿Qué más da si tengo pene o vulva? ¿Si me siento de una forma o de otra? ¿Si no sé amar a las personas y aceptarlas tal y como son, no por lo que hacen o dejan de hacer?

¿Quién soy yo para juzgar lo que está bien o mal, si una persona se siente mujer o hombre? Porque me da miedo decir que mi rol de hombre es una mierda y que como actor masculino no me sale nada bien, por eso, ¿verdad?

Acariciar la valentía de un hijo que se entrega a la sociedad y que la cuestiona, me da aire fresco en mi interior. Pensar que tiene que ir mal no me ayuda en mi camino de amar.

Mi estómago sube y baja, siento que tengo ganas de vomitar, pero no lo quiero hacer, ya que vale la pena. Porque ante la adversidad, ¿lloramos, vomitamos, nos enfadamos?

Si pienso en mujer o hombre, ¿por qué me viene a la cabeza vulva y pene, y no persona o ser vivo? Si pienso en trans, ¿por qué no pienso en transformación? Hablo en general, no solo de unos pocos a costa de sudor y lágrimas, que tengo que transformar yo. Quizás soy el tonto de turno que quiere que cambien los demás, sin cambiar yo.

Ánimo, todos valemos mucho, y los que plantáis cara al resto de humanos tenéis la virtud de ser transformadores de nuevas realidades, dignificáis a la persona, ya que, según el cristianismo, la mujer y el hombre son imágenes de Dios. Dios quiere lo mejor para las personas.

Trànsit, transitar, la verdadera normalidad parte de la libertad de la persona, de su esencia, de su propio parecer, de lo que nace en el interior del ser humano.

Súbitamente, el tránsito hacia el otro género que no es con el que biológicamente naces, hace que salga de dentro de cada uno lo más oscuro y oculto que llevamos dentro. Y, una vez se da el paso, te quedas al descubierto intentando justificar lo que has hecho o cómo tienes que actuar.

Dar una justificación cuando no te toca vivirlo, es muy fácil, pero cuando te toca a ti, en un primer momento buscas los porqués, y te das cuenta de qué sirve justificar la libertad de alguien.

La valentía que supone exponer el cómo me siento, qué quiero, qué deseo, qué sentimientos tengo, hace que a nivel social las personas que se encuentran en este tránsito, tengan una visión más amplia de la construcción del género, y éste distorsiona la idea que cómo nos hemos ido creando como comunidad.

¿Yo puedo hablar y decir que soy un hombre, una mujer? ¿En función de qué digo esto? ¿Qué me hace ser hombre o mujer?

¿Es solamente mi aparato reproductor el que se tiene que tener en cuenta para decir si soy mujer o hombre?

Cuando pienso esto, se me rompen los esquemas que tengo establecidos, intento ver las cosas de otra manera, como si acabase de aterrizar en este mundo.

Tengo que hacer de madre, padre, hijo, hija ..., y me pregunto: ¿Por qué lo tengo que hacer? ¿Cuál es la motivación que me lleva a hacerlo? Si yo, como madre quisiera ser padre, ¿qué pasaría? Si como hermano, quisiera ser hermana, ¿qué pasaría? Si de ser hijo quisiera ser hija, ¿qué pasaría?

Todo un rompecabezas de preguntas no resueltas, de cuestiones, de frases hechas, que auguran un futuro incierto, pero ¿quién soy yo para decidir sobre el futuro de la persona si ni tan solo sé cuál será mi futuro más inmediato? O, por el contrario, ¿Creo que lo controlo todo?

¿Qué falsas seguridades me da lo que ahora tengo? ¿Dónde pongo mis pies en barro o en roca?

Ante este hecho de transitar, se me plantea mi masculinidad, cómo la he de vivir, cómo la vivo, qué ha supuesto para mí ser hombre, qué modelos he tenido, en quién me he fijado, para llegar a ser el que soy.

¿Qué es lo que me asusta de vivir el cambio? Un cambio de género, en alguien cercano a mí. Estoy en ello. Necesito soporte. Lo he buscado y lo he encontrado. No me ha dado respuestas, pero sí acompañamiento y formas diferentes de ver las cosas que me están pasando.

Gracias al tránsito he podido ver más de cerca la inmensa generosidad, las dificultades, los logros y las peculiaridades de la personas.

Junior Canal

Mayo 2020

Josep Santisteban

RELATO

Nos llega la noticia de repente, sin imaginarlo en ningún momento: sin indirectas, sin preaviso, sin anestesia.

El día cero solo hay incertidumbre. Tener una mentalidad abierta de entrada, creo que ayuda mucho. Sin prejuicios se puede empezar a poner las ideas en su sitio, o mejor dicho, evitar que se bloqueen posiciones en tu cabeza ya de entrada. Pero la incertidumbre no es fácil de sobrellevar, se lleva todo por delante. Ya no hay nada dónde agarrarse, no hay suelo firme bajo tus pies, no hay una luz que te guíe.

El día uno tengo una cosa clara, toda la noche en vela ha servido para algo: estaré a su lado, estaremos a su lado.

Primer acierto, ya tenemos dónde agarrarnos: iremos de la mano.

Sin embargo, poco después llega el primer error. No hay que buscar causas, es y punto. Piensa que al día cero, a tu día cero, llegas muy tarde, meses o años tarde. Piensa que lleva mucho tiempo madurar un cambio como éste, que le lleva dando vueltas en silencio, demasiado tiempo. A estas alturas no tiene dudas de quién es, ya tiene todas las preguntas previas resueltas o, cuando menos, superadas. Lo que no sabemos es cómo afrontar el futuro, por dónde tirar. Lo siento, no tienes tiempo para analizar nada. Cualquier intento solamente refleja que, probablemente, en el fondo te está costando asumirlo, aceptarlo. Recuerda, es y punto.

Ya ha construido su nueva identidad, mejor dicho: su identidad real. Lo que necesita es ver esta nueva identidad convertida en realidad y que sea aceptada.

Pero esa incertidumbre se hace cada vez más grande, más voraz, empieza a ocuparlo todo, como una losa cada vez más pesada que se extiende más allá de las próximas semanas, meses. Hay que salir de aquí rápido. Está entrando en barrena, cae en vertical, girando sobre su propio eje. Y amenaza con arrastrarlo todo, y ¡hemos quedado que vamos de la mano desde el día uno! En esos momentos siento mucho miedo. Miedo e impotencia. En realidad lo que está pasando es que su madre se lo está cargando todo encima, para todos los golpes y consume toda su energía. Yo quedo en segundo plano, mi papel es de contención de la primera línea, y tampoco creas que tengo idea de qué hacer.

Hay que tomar decisiones y convertirlas en acciones en el momento presente, sin tomar las riendas no hay posibilidad de aspirar a tener el control en algún momento. Si como madre y padre nos dejamos arrastrar, difícilmente podremos ayudar a su propia estabilidad.

La estabilidad la empezamos a recuperar cuando empezamos a hablar con otras familias que están en la misma situación, en etapas generalmente más adelantadas. Compartir experiencias es la mejor ayuda posible. Familias que han hecho, o mejor dicho, están haciendo el mismo tránsito por el que pasa tu familia permite disipar muchas incertidumbres, esa maldita sensación que ha anidado dentro de ti y te va a acabar paralizando.

En primer lugar, ves que se puede salir adelante. En segundo lugar, empiezas a reconocer estrategias que son aplicables, otras que igual no las ves, y también cuales pueden ser nefastas y hay que evitar. Aprendes que tu papel es acompañar, que transitas a su lado.

No nos engañemos, a día de hoy, todavía es un camino difícil. Y, sin embargo, puedes contar con quiénes dieron los primeros pasos realmente a oscuras, sin firme bajo los pies, sin tener dónde agarrarse. Coger la mano de quién pasó delante de ti, te da la seguridad que tu familia necesita para que su identidad real se pueda desarrollar. Y tiende tu mano a la familia que viene detrás, porque entran por esa puerta en tu segunda reunión y te sorprendes dando los primeros consejos que apenas ayer te daban a ti.

Para mí este proceso es básico. Cambia la incertidumbre por la seguridad. Se produce ese sutil paso de la esperanza a la confianza.

Al igual que la incertidumbre se hace grande y lo arrastra todo, la seguridad también se va haciendo cada vez más grande. La seguridad no arrastra, tira del carro. Y vas a pasar por momentos de flaqueza de vez en cuando, asúmelo, así que también tú necesitas ese impulso de vez en cuando. Permite, ahora sí, acompañar con confianza en el tránsito, proporcionar la seguridad y autoestima en el camino para lograr que su nueva identidad sea realidad, aceptada, reconocida, respetada. Plena.

Día mil ochenta y uno. Ahora mi sentimiento es satisfacción. La íntima satisfacción del deber de padre cumplido.

Josep Santisteban

Mayo 2020

Lucia Chiari

UN HIJO BASTANTE... ¡INUSUAL!

En la consulta del psiquiatra, en esa clínica española que nunca había visto antes, me parecía vivir una pesadilla.

-Prepárese para despedirse de su hija y para darle la bienvenida a su hijo -me dijo el doctor de manera fría.

Nunca había oído hablar de algo tan absurdo: ¡cambiar de sexo!

En ese momento Marta tenía 23 años y, desde que tenía dos, no era feliz con su cuerpo de mujer y habría preferido ser un niño, pero, ¿qué podía hacer yo?

Claro está, que ya desde muy pequeña le dejaba llevar solo chándales y camisetas de chico, como le gustaba a ella. Le permitía llevar la gorra con la visera hacia atrás, aunque me molestara.

Solía apuntarla al fútbol, pidiéndoles a familiares y amigos que no le regalaran muñecas, vestidos rosa o “de chica”. Además de esto, en mi opinión, no había nada que hacer sino esperar y desear... que tal vez con la adolescencia empezaría a aceptar su cuerpo, quizás. Pensaba que iba a ser una chica inusual y masculina, pero contaba con que iba a encontrar su lugar en el mundo, como se dice que ya le había ocurrido a otras personas parecidas, a lo largo de la historia.

Al contrario, llegó esa terrible crisis de llanto al llegar su primera menstruación, la infelicidad de ver crecer sus pechos, y el aislamiento progresivo de sus amigas que empezaban a tener sus primeros novios, y esa adolescencia solitaria y triste. Las continuas peleas en familia, sus absurdas mentiras sobre novios inexistentes, sus crisis de nervios y de infelicidad.

Ninguno de los psicólogos y psiquiatras con los que la obligamos a hablar desde niña, había expresado una opinión que no fuera: “Celos por su hermano”, “Escasa autoestima” y otras banalidades.

Luego, recién acabado el bachillerato, su salida para la universidad en España. Un alivio tanto para ella como para nosotros. Cuatro años durante los cuales nos había parecido más serena.

Tal vez era la familia la que la angustiaba, tal vez era la constante comparación con un hermano demasiado exitoso en todo lo que la había condicionado, tal vez nosotros, sus padres, nos equivocamos angustiándola con nuestras ansiedades.

Cuatro años en la universidad casi serenos, que terminaron con esa linda fiesta de graduación en un soleado diciembre que parecía junio, en el brillante mar de Marbella.

Pura felicidad para nosotros. Incluso se había dejado crecer el pelo unos centímetros más largo de lo normal y era rubia y hermosa con su toga negra -por primera vez llevaba algo parecido a una falda- y los tres íestábamos tan orgullosos de ella!
- ¡Pero olvídate de que mantenga mi pelo largo! -nos dijo al final con un tono amenazador.

Pero a mí no me parecía un problema del que tener que preocuparme. Fue entonces cuando empezó su “recorrido”. Nos veíamos cada dos meses, y la encontraba cada vez más masculina, con el pelo cada vez más corto. Desde niña siempre había nadado y hecho ejercicio para tener hombros fuertes, pero ahora había exagerado con los pesos, desarrollando enormes bíceps. En la playa nunca se quitaba su ropa, incluso cuando hacía mucho calor, por no mostrarnos su cuerpo no depilado, y sus tatuajes dignos de un marinero.

- ¿Por qué no confiesas que eres lesbiana? Para nosotros no es un problema, te queremos -le decía.

- Tal vez sí, pero no sé... Más bien sí, pero hay algo más, que va más allá del hecho de ser lesbiana.

¿Más allá? ¿Qué quería decir? Yo no entendía, no sabía, no conocía la posibilidad de que una mujer se pudiera convertir en un varón: el varón que en su cabeza ya era, que siempre había sido.

Esperaba una aclaración, esperaba la explosión, pero aun así, no estaba preparada cuando llegó esa llamada como una bomba:

-Me llamó Marta, se ha vuelto loca, dice que quiere quitarse los pechos, tomar hormonas, dejarse crecer la barba, convertirse en hombre... tía, tenemos que llevarla al hospital!

No lo hicimos. Le pedí que volviera a casa por unos días. Hablábamos hasta quedarnos dormidos, seguíamos repitiendo las mismas preguntas, siempre escuchando las mismas respuestas. No cedía ni un centímetro.

Mientras tanto yo me informaba, leía, buscaba en internet, compraba libros, iba a congresos, pedía información a amigos y médicos. Y sobre todo, asistía al colectivo de familias que había encontrado en Barcelona, y que me ayudaba mucho haciendo que no me sintiera como la única madre en el mundo que había tenido esta experiencia.

Encontré confirmación a todo lo que decía: que existían transexuales no solo "transitados" de hombres a mujeres -como ya conocía por las historias de sucesos de prostitución, así como por mis queridas películas de Almodóvar-, sino también de mujeres a hombres!

Sin embargo, de estos últimos antes no conocía la existencia, para mí representaban lo desconocido. Luego llegó la aceptación, o, mejor dicho, la resignación: en la familia entendimos que no podíamos hacer nada para oponernos a lo que Marta quería hacer. La única oportunidad era elegir si acompañarla en su camino o desampararla. Por supuesto, nunca pensamos en abandonarla.

Así empezaron los trámites de las consultas médicas, primero en Milán, con un médico inadecuado e insensible, luego en Barcelona con una doctora experta y de mucha humanidad que me inspiró confianza.

Las hormonas, el cambio de voz, los pelos que crecían en su cara y en su cuerpo, el atuendo ya decidida e indudablemente masculino. Las intervenciones esperadas y vividas como una fiesta de liberación, el dolor aguantado como la salida de un túnel, ese nuevo cuerpo que a mí me dolía mientras que a él (a esta altura ya no podía definirse más que 'él') le daba solo alegría.

Además, había que seguir los interminables trámites legales, donde encontramos a profesionales poco fiables y, por suerte, también a un letrado maravilloso!

Finalmente llegaron los documentos con su nuevo nombre: Miguel, y, como consecuencia, se modificó también su acta de nacimiento.

¡Una liberación!

Mientras tanto yo estaba profundamente nerviosa al ver su euforia, su entusiasmo en gritar al mundo, a través de las redes sociales, todo lo que estaba haciendo: un poco de privacidad ¡por amor de Dios!

Paulatinamente yo estaba tratando de entender, de emerger, de poder hablar con los demás... ¡pero qué difícil!

Comprendía que era la forma correcta para que estuviera bien, que no podía hacer otra cosa, pero al mismo tiempo sufría al ver un cuerpo tan atormentado. Sufría pensando que podría haber sido feliz en el cuerpo de mujer que le había hecho yo, ese cuerpo al que había renunciado y que había mutilado.

Nunca había pensado que iba a ser una mujer y una madre feliz, pero ni siquiera había pensado que iba a pasar todo esto tirar a un cubo de un hospital mamas, útero y ovarios. Mientras tanto, veía los logros de una nueva persona. Veía la confianza en sí mismo de Miguel, una confianza que nunca había tenido antes. Veía la serenidad y la determinación con las que enfrentaba los retos del trabajo y de su nueva situación, la calma con la que explicaba sus razones al mundo. Veía a una persona distinta, que finalmente confiaba en sí misma, segura de sus elecciones, ¡feliz de cómo se veía en el espejo!

Yo también creo que cambié mucho durante esos cuatro años.

Afortunadamente, siempre he sido una persona muy abierta, pero tuve que enfrentarme a una experiencia que iba más allá de lo normal: acompañar a un hijo en un recorrido que ni siquiera imaginaba que existiera.

Valió la pena para verle como la persona positiva y serena que ha llegado a ser, rodeado de amigos que nunca había tenido antes. Por supuesto, mis temores siguen permaneciendo: por su salud, por el mundo que le rodea, por los prejuicios contra las personas como él, por

los peligros que acechan....

Sin embargo, más fuerte que cualquier otra cosa, es la satisfacción de haber sido capaz de ayudarlo y estar a su lado, y ahora sentir su cercanía y gratitud con fuerza, su conciencia de que siempre le hemos amado a pesar de ser un hijo bastante inusual!

Lucia Chiar

Mayo 2020

María Isabel Andrade

ANOCHÉ SOÑÉ...

Estoy aquí sentada, delante del blanco papel y lo primero que me viene a la mente es aquel sueño que tuve cuando estaba embarazada de casi seis meses, el viernes 9 de febrero de 2001. Recuerdo la fecha con exactitud porque está anotada en el Diario de mi embarazo. Anoté lo siguiente:

"Anoche soñé que ya habías nacido y estabas sentado en el carrito.

Te miraba y le decía al papá:

- Xavi, si es una niña.

Y él respondía tranquilo:

- Sí, ya lo sé.

No estaba extrañado o sorprendido como yo".

También recuerdo que no queríamos saber el sexo de nuestro bebé, y el ecógrafo, en la semana 20 de embarazo, nos dijo: "Es un varoncito". No le dijimos nada, así que la culpa fue nuestra. Y durante un tiempo mantuvimos en secreto el sexo del bebé.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a su padre al saber que se sentía una mujer fue:

- Ahora que íbamos a estar tranquilos, vamos a empezar con una nueva lucha. En fin, que así sea.

¿Y por qué este pensamiento? Empezaré por el principio para entenderlo.

Nuestra hija siempre fue una persona curiosa. Un ejemplo es que con dos años metió el mando de un coche en el cubo de fregar para saber qué ocurría: lo metió cogido por la antena, lo sacó, miró cómo caía el agua, y le dio al botón. Aquí, correremos un tupido velo, porque no explicaré el berrinche que cogió después, cuando comprobó que el mando había dejado de funcionar, y su coche ya no podía correr.

Entonces estos comportamientos no nos parecían extraños: su afán por ver documentales, por visitar museos, por preguntar... como aquel día que me preguntó con 4 años que por qué la Viuda negra (la araña) se llamaba así.

- ¿Por qué la "viuda" negra, se llama viuda negra?

Y yo, que le contestaba como si fuera un adulto, le respondí:

- Porque cuando la hembra se ha apareado con el macho, lo mata.

En el momento en que dije la palabra "aparearse" me di cuenta de mi error, porque su siguiente pregunta fue:

- ¿Qué es aparearse?

Sus compañeros de clase pensaban que tenía mucha imaginación y que se inventaba todas las historias que contaba. Un ejemplo fue uno de los documentales que vio con 6 años, en el que aprendió que hay unos tiburones pequeños que parecen invisibles y por las noches, sobre todo, atacan a sus presas. Unas de esas presas son los bonitos, a los que les hacen unos agujeros redondos. Cuando los pescadores sacan en sus redes a los bonitos con estas características, saben que han sido atacados por estos tiburones.

Pues, ¿cuál fue la reacción de dos compañeros de clase cuando lo contó? Que se lo había inventado. Así que a la salida del cole los llevó hasta mí y me dijo que no le creían. Yo les sonreí y les dije:

- Es cierto. Podéis venir a casa a ver el documental.

Se fueron confundidos. Y es que ella tenía mucha imaginación, pero no confundía la realidad con la ficción.

Y no fue hasta 6º de Educación Primaria que supimos que ese comportamiento se debía a algo que llaman Altas Capacidades.

¡Nooooo! -piensas entre risitas, cuando te explican sus sospechas, pensando que un superdotado es alguien con gafitas, una bata blanca y bolígrafos en su bolsillo. Y entonces, asistes a la escuela de padres de un programa llamado Atlántida, dónde te explican cosas que tú has vivido pero que desconocías que tuvieran un motivo concreto. "Sí, -piensas-, mi hijo (entonces era mi hijo), saca buenas notas y apenas estudia". No podía dejar de pensar: "¿Si estudiara qué notas sacaría?"

Pero no estaba bien en el colegio desde 3º de Educación Primaria, le hacían bullying, y no queríamos forzarlo hasta el punto de que odiara los estudios. Nuestra prioridad era que continuara estudiando, y si para eso me tenía que convertir en un grano en el culo para el colegio, así sería. Y así fue hasta 4º de la ESO.

Fueron unos años muy duros, cada año a principio de curso volvía a

empezar la pesadilla, y tenía que pedir una reunión con el tutor. Cada día esperaba su llegada a casa para, según la cara con la que llegaba, saber si el día había ido medianamente bien, mal o muy mal. Mi marido intentaba darle ánimos recordándole la canción de Andreu Rifé: "Fil de llum", con ese estribillo maravilloso:

Respira, espera, aixeca't sense pressa. Inspira, refés-te, la vida al món t'espera. Respira, espera, levántate sin prisas. Inspira, reponte, la vida, el mundo te espera.

Una magnífica canción, famosa por la serie "Polseres vermelles" y, que si no la habéis escuchado, os recomiendo que lo hagáis.

En Bachiller, a pesar de que continuaba en el mismo colegio (en el que empezó en 5º de Educación Primaria) se acabaron los problemas con los compañeros. Pero su alegría de pequeño y su extroversión con otros niños y niñas, se habían desvanecido por el camino. No era una persona feliz, algo nublabla su vida.

Sus dudas, acerca de su identidad sexual, empezaron el verano en que acabó 1º de bachiller, y en 2º, un día de finales de febrero, nos dijo: -Ya tengo clara mi identidad sexual. Soy una mujer, y quiero hacer lo necesario para vivir como una mujer.

Por entonces, Celeste tenía 17 años. Acabó la selectividad y cerró una etapa de su vida. Y en la Universidad empezó como Celeste, como la mujer que quería ser. Le dijimos que la acompañaríamos en su camino, y ese fue el momento en el que mi mente y la de mi marido se abrieron de par en par para comprender mejor cada uno de los pasos que tenía que dar nuestra hija para conseguir su objetivo.

Y me puse a investigar para aprender, pero necesitaba contacto físico con otras personas que hubieran vivido o estuvieran viviendo la misma o similar experiencia. Necesitaba ver, escuchar, sentir... para ser consciente de lo que estaba viviendo, necesitaba aprender a través de otros ojos además de los míos y supe que, como hice con las Altas Capacidades, tenía que buscar y encontrar un grupo que entendiera mis sentimientos, mis preocupaciones, mis inquietudes ... y encontré al grupo de transfamilias.

Francamente, soy una persona que escucha más que habla, mis sentimientos los vuelco mejor sobre el papel, pero necesito mirar a los ojos y escuchar.

Desde que mi hija me dijo que era una mujer, en lo que escribo como hobby, siempre alguno de mis protagonistas es un personaje transgénero, aunque, sin ser consciente de ello, en muchos de mis relatos anteriores, aparecen personajes LGTBI.

Para ser sincera, en mi interior conviven unas mariposas que unos días son hermosas y radiantes, y otros días se tornan grises y apagadas. Y todo depende del miedo que crezca en mi interior al escuchar alguna noticia sobre la homofobia, la transfobia, y todas las incomprensibles fobias. Me produce tanta tristeza pensar en lo que las personas somos capaces de hacer por odio, por miedo, por envidia, por desconocimiento... en resumen, por la falta de respeto y aceptación hacia los demás.

Su hermano tiene 10 años, la acepta y la trata como la mujer que es. Al principio veíamos un miedo que no sabíamos descifrar y que no nos explicaba. Hasta que un día su padre lo llevó al peluquero y lo primero que le dijo al sentarse en el sillón fue:
- Córtaame el pelo pero que no parezca una chica.

Entonces descubrimos su lucha interna, el aprendizaje que había recibido hasta el momento se estaba desmoronando. Desaprender y aprender, desde pequeño, nada más sabio que empezar a abrir la mente desde la infancia. Lástima, que hasta que no nos toca un tema de cerca, no tomamos consciencia de esa realidad.

La aventura con Celeste comenzó a finales de febrero de 2019, y lo que queremos es que sea una buena persona, con más momentos de felicidad que de tristeza, y que no abandone nunca esa seguridad y esa valentía que la han convertido en la persona que quería ser, y que para nosotros es un orgullo; y un placer acompañarla a dónde haga falta.

M^a Isabel Andrade
9 de mayo de 2020

Mar

PROCESO DE TRANSICIÓN

Septiembre 2018. Empiezo a ser consciente del proceso de transición de mi hijo. Lo recibo como un impacto del que me cuesta reaccionar. Toda la información que recibo no la puedo procesar. Todo es confuso y no entiendo lo que está pasando. Quiero que el tiempo se detenga. Tengo una inquietud interna que no me deja pensar. Intento buscar explicaciones y en un primer momento me posiciono intentando luchar y detener lo que no tiene final.

¿Cómo es posible que mi hija me diga que es un chico? Intento recordar momentos del pasado y de su infancia. De pequeña, tenía muchos amigos y siempre jugaba con los niños. Sus juegos favoritos, nunca fueron las muñecas, fueron juegos de Pokémon, playmobils, robots, ... y siempre le respetamos entendiendo que los juegos no son de niños o niñas. Nunca quiso llevar vestidos y para carnaval le encantaba disfrazarse de spiderman, pirata,....

La veía feliz y siempre había pensado que iba rompiendo normas.

Inició primaria, y él explica que los niños lo apartaron porque era una niña y ya no lo dejaban jugar con ellos. Le costó mucho hacerse lugar entre el grupo de niñas, de hecho, a pesar de intentarlo creo que nunca se adaptó. Recuerdo que a menudo se mostraba enfadado y muchas veces estaba solo.

La adolescencia fue muy difícil, apareció la ansiedad que le condicionó su vida y se fue encerrando en sí mismo. Los estudios ya no iban como antes, la motivación fue desapareciendo al igual que el sentido de las cosas. Recuerdo momentos de motivación puntuales, como cuando hizo su trabajo de investigación sobre la deconstrucción del género.

Recuerdo también sus cabellos rubios y largos y sus intentos de encajar en el grupo. Muchas veces me había dicho que él no encajaba en esta sociedad.

Cuando tiene 19 años se corta el pelo muy corto, deja de depilarse y empieza a vestir de forma diferente. Como sé que le gustan las chicas

pienso que está pasando por un momento de reivindicación feminista. ¿Cómo es posible que no se me hubiera ocurrido que se estaba replanteando el género?

Me siento sola. No conozco a nadie que le haya pasado lo que nos está pasando. No tengo ningún referente. El sentimiento de soledad es inmenso.

Veo que él sí que está informado, ha ido a TRÀNSIT, el centro de Atención a las personas trans, y sabe de lo que se habla. Pienso que hay mucho sufrimiento detrás. Empieza a pedir unos cambios que yo no sé cómo hacerlos y me planteo si los tengo que hacer.

Mentalmente me encuentro anclada en un punto y me agarro fuerte para no moverme de allí. Tengo miedo.

Me pide que le acompañe a TRÀNSIT. Una psicóloga me cuenta por los momentos que pasaré como madre: la fase de negación, de aceptación... y, finalmente, de celebración del proceso.

Las palabras de la psicóloga me resuenan en la cabeza, no sé ni lo que está diciendo, ni emocionalmente puedo conectar con lo que dice. Salgo enfadada y sin entender nada.

Las velocidades en el proceso de mi hijo y la mía son muy diferentes y poco a poco nos vamos alejando. Hay mucho sufrimiento y se hace difícil vivir así. En su entorno de amigos, todo el mundo lo está aceptando, pero a mí me cuesta. Yo le pido tiempo para entender y él me lo da. Ahora, visto en la distancia, pienso que le estaba pidiendo algo muy difícil: más tiempo. Él llevaba muchos años en silencio hasta que se atrevió a plantear lo que pasaba y, ahora, quería ir rápido para comenzar el tránsito...

¿Cómo le podía pedir más tiempo?

El inicio de la hormonación ha sido un momento duro. No entendía cómo él podía estar tan feliz por empezar a ponerse testosterona.

Aparecieron todos los miedos: ¿Cómo le podía afectar a nivel de salud?
¿Qué efectos secundarios podía tener?
¿Los cambios eran irreversibles? ¿Podrá tener hijos? ¿Querrá operarse?

Cuando pensaba que se le retiraría la regla, que le cambiaría la voz, que le saldría vello ...me invadía un sentimiento de miedo y tristeza profundo. Con el tiempo, entendí que eran cambios que él necesita hacer para sentirse bien consigo mismo y ser más feliz.

Pienso que tengo que hacer algo. Tengo claro que yo sola no puedo afrontar ésta situación. Veo que el padre también lo va aceptando. Me siento mal. Noto que la situación me supera y me siento perdida. Voy a pedir ayuda.

Hablo con otra madre de un chico trans y le explico en qué momento me encuentro del proceso y cómo me siento. Puedo expresar mi sufrimiento, mis sentimientos y mis dudas sin sentirme juzgada y comienzo a sentir que no estoy sola. Necesito mucho acompañamiento emocional. Empiezo a respirar.

Aquí empieza mi proceso de cambio personal, comienzo a tener la fuerza para acompañarle en el proceso. Voy a las reuniones de transfamilias y sigo viendo que no estamos solos y me ayuda escuchar a otras familias que han pasado por lo mismo. Entiendo lo importante que es estar en un espacio seguro donde no te juzgan. Ahora, tengo claro lo que tengo que hacer, acompañarle en el proceso. Me pregunto si sabré hacerlo. Empiezo a entender que, como familia, transitaremos todos a nuestra manera. Él enseguida percibe este acompañamiento y lo noto feliz. Sé que éste es el camino, y ahora ya no tengo dudas. Para él, el camino es difícil y necesita que la familia estemos a su lado.

Ahora tengo las cosas más claras. Los momentos de tristeza se van convirtiendo en ansiedades. Aparece la culpa de forma más consciente. Culpa de no haberlo visto antes, por no haber sabido acompañarle desde que lo dije,... en fin, culpa de todo el sufrimiento de mi hijo. Me siento mal por la poca tolerancia que tuve.

Poco a poco entro en otra dimensión. Intento borrar todo lo que he aprendido del género y aprender de nuevo. Abro la mente a otras perspectivas y comienzo a descubrir muchas realidades que no veía. Intento no juzgar.

Ahora ya tiene 20 años. Seguimos transitando, entendiendo que la propia vida conlleva cambios y que las cosas no son blancas o negras, sino que pueden ser de mil colores, todo es cuestión de intentar verlas y abrir la mente. Sé que me queda mucho camino para continuar abriendo la mirada y seguir aceptando todo lo que va pasando en la vida.

Quiero terminar dando las gracias a todas las personas que han estado a mi lado en este proceso, y me siguen acompañando.

Mar
Mayo 2020

Maxi

UN RELATO, UNA EXPERIENCIA, UNA VIDA

Me piden que explique mis sensaciones.

Siempre me ha costado mucho expresar mis pensamientos más íntimos, éste, no lo es menos.

Era un día de febrero, quizás a finales, del año 2017. Habíamos cenado Francisco, mi madre, Luna (antes David) y yo. La abuela se había ido al comedor a ver la tele y los demás nos habíamos quedado en la cocina, donde solemos comer, a recoger. Entonces Luna, David, nos dijo que quería hablar con nosotros.

Yo pensé: "Ha encontrado una persona importante para él". Llevaba días saliendo los fines de semana y siempre decía: "Voy a dar una vuelta con mis amigos". Francisco y yo estábamos contentas: ¡Por fin salía de casa y había encontrado a personas que le hacían salir!

¡Qué equivocada estaba! Después dicen que las madres sabemos todo de nuestros hijos. ¡¡¡Mentira!!! Solo sabemos lo que nos quieren contar y descubrimos a base de insistir. Pero Luna tenía entonces 25 años y debíamos dejarle un poco de libertad, no podíamos estar encima de ella como si fuera un niño pequeño.

Sí, porque Luna nos comienza a decir, y se dirige a mí:

- Mamá, ¿te acuerdas cuando un día estábamos viendo un reportaje sobre personas trans? Yo te pregunté: ¿Qué es un trans? Yo tenía unos 8-9 años.

Tú respondiste:

-Personas que nacen mujeres y se sienten hombres, u hombres que se sienten mujeres.

- Yo pensé: "Así me siento yo. Me siento una mujer".

Yo pensé: "¡Cuanto ha debido sufrir todos estos años y yo sin enterarme!". Pero me levanté, le abracé y le dije:

-Ahora se me coloca toda tu vida y entiendo todo lo que pasaba.

Francisco también le abraza, nos quedamos abrazados los tres. Luna sigue hablando:

-He estado mirando por Internet y buscando información. Encontré un grupo que se reúne una vez al mes y he ido en dos o tres ocasiones. Me aconsejan que hable con la familia y yo me sentía mal por mentiros cuando salía. También encontré que hay unos médicos del clínico que ayudan en este tema, y un grupo de médicos que visitan en Manso, y ya he ido al médico y me ha dicho que sí, que yo doy el perfil de persona trans. Me ha dicho que puedo empezar el tratamiento cuando quiera...

Ella sigue hablando:

-No empezaré el tratamiento hasta que venga mi hermano y su familia en mayo. Por favor, no digáis a nadie nada. Noemí (su hermana mayor) ya lo sabe, se lo he dicho yo. También lo sabe una compañera de universidad que ha sido quién me ha ayudado a dar el paso. A la abuela y a los tíos tampoco. Lo diré cuando se lo haya dicho a Héctor. Resultó muy difícil convivir con mi madre, ya que se oía alguna cosa, y no podía decirle nada de nada. Fueron días difíciles para todes.

Además por aquella época, Héctor tuvo una crisis nerviosa, nada de lo que preocuparse, pero se le juntaron varias cosas: su traslado a vivir en un país y ambiente diferente del que conocía, aunque tenía a su amor al lado. El nacimiento de su primer hijo. El comenzar a trabajar en la universidad en un periodo de 4 años para llegar a ser senior. El haber comprado una casa y pensar que podía no pagarla si no llegaba a ser senior... Total que tuve que viajar a San Diego, California, para ayudar... Lógicamente y, por varias razones, no dije nada.

Los padres no nos enteramos de nada, aunque nos pongan las cosas delante de nuestras narices...

Cuando Luna era un niño de 1 año, yo siempre andaba refunfuñando por la ropa que se hacía a los niños. La de las niñas es menos seria, más adecuada a una personita tan pequeña...Esto no me pasaba con Héctor, que la ropa también era menos seria que la de su hermana. Suerte que por entonces había ropa de colores muy vivos que yo le compraba y la veía muy guapa (guapo).

Cuando tenía 6-7 años, su hermana Noemí, a la que le gustaban mucho los disfraces, la vistió de princesa india con coletas y todo.

¡Parecía una niña! Pero yo no lo veía, yo estaba ciega. En ese momento pensé: “Noemí quiere tener una hermana y no sabe cómo hacerlo” ¡Qué ciega estaba! No veía más allá de mis narices...

Luna fue creciendo con muchos problemas, se caía y se cae continuamente. ¡Conocíamos todos los hospitales de allá donde fuéramos! Se caía y se rompía el tabique nasal. Se caía y acabábamos en el hospital porque perdía el conocimiento...

En el colegio no le iba mejor. No pronunciaba bien algunos sonidos, así que tuvimos que llevarlo al logopeda. Tiene algún problema psicológico, nos dijeron, y al psicólogo que lo llevamos. Un fracaso de psicólogo, ya que el niño se dormía en la consulta y, éste, le dejaba dormir. Su teoría era que el niño soltara todo lo que fuera, dejándole plena libertad...y sin orientarle...

Suerte que entonces, y desde parvulario, tenía y tiene una amiga, que siempre le apoya en todo.

Durante toda su vida hemos estado ahí. Hemos ido intentando ayudar, pero dando palos de ciego...

Llega el momento de ir al instituto a comenzar la ESO. En las listas vemos que le han puesto en la misma clase con quién no se llevaba bien en Primaria. Me acerqué al instituto para pedir que trasladaran a Luna a otra clase. Me miraron como se mira a esa madre pesada que solo quiere proteger y meter las narices en todo lo que hace su hijito querido...

Luna iba y volvía sola del instituto, su padre y yo trabajábamos y vivíamos cerca.

Veíamos que algo pasaba y no sabíamos qué era.

Teníamos unos amigos psicólogos y se lo explicamos. Nos aconsejaron otros psicólogos que ellos conocían y nos dieron la dirección. El día que teníamos que ir a la consulta, fuimos a buscarla a la salida del instituto con el coche y observamos que un grupo de compañeros la estaban rodeando. Llegamos al lugar e hicimos que se fueran con la pregunta pertinente:

- ¿Por qué no os enfrentáis de uno en uno? -Se fueron, como cobardes que eran.

El psicólogo nos dijo que Luna es disléxica. Necesitaba tratamiento, pero como estaba lejos de donde vivíamos, nos recomendó otro centro que él conocía y que estaba más cerca de nuestra casa.

¡Qué gran suerte! Este centro tenía una psicopedagoga que empezó a tratarla. Y observo algún trastorno psicológico. Y nos pidió permiso para que la visitara la psicóloga del centro. Suerte que empezó a tratarla, si no ahora, estaríamos hablando de mi experiencia por haber perdido a un hijo. Luna estaba al borde del suicidio...

En el instituto pedimos que cambiaran, otra vez, al niño de clase, que estaba sufriendo acoso. No nos creyeron... Iba pasando el curso y llegó el momento de matricularse y decidimos cambiarle de centro y de pueblo. Le matriculamos en un colegio privado de Molins, donde estudiaba otro amigo del parvulario: el colegio Virolai. Luna empezó a remontar y nosotros a respirar...

El niño se iba enderezando, pero su dislexia no ayudaba con el aprendizaje de las lenguas. Las matemáticas bien. Acabó la ESO con una nota muy justa. Empezó grado Medio de Informática y comenzó a salir del agujero escolar, aunque socialmente no era muy brillante. En casa estábamos tranquilos, pero no tenía amigos si exceptuamos a su amiga y a su amigo de Infantil, que seguían sus caminos y sus carreras, diferentes de Luna. Se veía con ellos, sobre todo con su amiga, pero de tarde en tarde.

Nosotros hemos ido cambiando a medida que nuestros hijos han ido evolucionando.

Cada hijo nos ha enseñado a tratarle como era cada uno de ellos.

Con Luna he aprendido a expresar mis sentimientos y a no callarme o, mejor, a callarme menos de lo que lo hacía antes.

Luna nos dio todo hecho, cuando nos dijo que era mujer, al poco nos dijo que iba a una reunión de personas trans y que al lado se hacía otra para familias, si queríamos ir...

Francisco y yo no entendíamos cómo podía ser, si no habíamos observado nada...

Nos sentíamos muy tristes, pero al mismo tiempo entendimos todo el rosario de problemas que había ido sorteando nuestra hija. Nos sentíamos tristes por no haber podido ayudarle más en su evolución.

Fuimos a la reunión sin encomendarnos a nadie, no lo sabíamos. Había muchas madres y algún padre. Cada persona explicaba su experiencia. Llegué muy triste y salí muy reconfortada. Escuchamos historias mucho más complicadas que la nuestra. Salimos con la idea de que no teníamos de qué quejarnos.

Pienso que las personas nos enfrentamos a los problemas o vicisitudes que podemos superar.

A veces pienso que sí, Luna ha sufrido muchísimo sin una ayuda adecuada de nuestra parte. Pero también es posible que nosotros, al menos yo, no sé si estaba preparada, en los años 90, para saber que mi hijo era mi hija.

Vemos a Luna más feliz y eso nos ayuda a nosotres también. Lo cual no quiere decir que no haya problemas, que los hay. Tomamos las vicisitudes de la vida con perspectiva.

Sabiendo que nosotros solo somos arqueros que empujamos la flecha y que ellos, las flechas van a parar donde ellos quieren. Que estamos a su lado, pero no podemos solucionarles la vida.

La vida es un continuo aprendizaje para cada persona que decide vivir en pareja o no, pero que va aprendiendo de todo lo que pasa a su alrededor.

Siempre he dicho que yo he nacido varias veces: El día que nací. Con el desarrollo normal de todas personas.

Cuando fui mujer. Con todos los cambios físicos y, sobretodo, psíquicos que ello comporta.

Cuando nació mi primera hija.

Todos los cambios que comportan a la persona y a la pareja el tener una personita que depende de ti, pero que tiene su propia personalidad.

Todos los cambios que te trae cada hija e hijo, cómo tienes que adaptarte a esos cambios, continuando siendo tú misma.

Cuando tuve la menopausia.

Que traje una libertad enorme, tanto sexual como personal.

Cuando me jubilé y fui abuela.

Me dijeron que iba a ser abuela en el momento en que me jubilé. Ves a esa personita crecer sin la responsabilidad que tienes cuando a quien tienes en tus brazos, ya no depende directamente de ti, sin dejar a tus hijos de lado. Por el mismo tiempo dejé de ser madre de una hija y dos hijos para ser madre de dos hijas y un hijo.

Mi vida ha sido y continúa, siendo un continuo aprendizaje. Soy el paso del tiempo de cada momento vivido.

Todos los cambios que ha habido en mi vida me han conformado, me conforman como persona...

Maxi

mayo 2020

RELATO TRANSGÉNERO

Tuve una hija. En un principio prefería un niño, pero a medida que avanzaba el embarazo fui perdiendo la preferencia. Nunca se vio el sexo en las ecografías y en el momento de nacer no sabíamos si era niño o niña. Curiosamente cuando le tuve en mis brazos no me importaba en absoluto su sexo. No necesitaba saberlo, era tan feliz con mi criatura que me daba igual. Quizás ya era una predicción de lo que pasaría.

Desde bien pequeño ya no se sentía niña. Lo sufrí mucho y con esfuerzo conseguí respetarle la forma de vestir. Sufría cuando en los vestuarios de la piscina le decían que no entrara porque era la zona de niñas y él parecía un niño. Y mi hijo sufría porque me veía sufrir a mí.

Una especie de círculo vicioso: yo sufría por él y él por mí. De eso hace ya muchos años, y no sabía ni de la manera más remota que existiera la posibilidad de hacer un cambio de género. Actualmente me duele no haberlo visto en su momento.

Llega el momento del cambio de género (ya adulto) y me cuesta muchísimo aceptarlo. Una reacción infantil de NO QUIERO me invadía muy fuertemente. No quería renunciar a mi querida niña. Sufrí mucho interiormente y, no exagero cuando digo que durante muchas noches no podía dormir pensando en que no quería ver a mi “hija” con barba. No podía seguir así.

Estaba enfadada con mi hijo porque él me decía que hasta que yo no lo aceptara, él no podía dar el paso de transitar hacia el género masculino, lo vivía como un chantaje. Con el tiempo, y con ayuda, fui comprendiendo que él me estaba dando una lección de amor más grande que la lección que yo le daba a él.

Más tranquila ya, empecé a pensar en dirigirme a él en masculino (creía que no podría) . Él me ayudó sugiriéndome que empezara suprimiendo adjetivos y palabras cariñosas en femenino, por ejemplo: niña, hija mía, bonita, guapa... Buen ejercicio.

El segundo propósito fue que cuando tuviera barba le llamaría por su nuevo nombre masculino. Tardé bastante. Pero, ahora sí, YA NO SUFRÍA.

Es curioso cómo me desapareció por completo el sufrimiento. Parecía que de una manera mágica. Ya estaba. Lo tenía asumido y notaba cómo amaba a mi hijo. Me surgió un sentimiento de protección a la vulnerabilidad de la nueva situación.

Se normalizó. Yo lo notifiqué a todas las personas que creíamos necesario. Aunque ahora lo explicaría con otros matices. Quería transmitirlo muy bien, de forma muy didáctica, ahora veo que quizás no es tan necesario y cuando alguien me hace alguna pregunta de las que considero morbosas (pocas veces por suerte) me limito a responder a que eso forma parte de su intimidad.

En la vida cotidiana hemos ido encontrando recursos de normalización. Celebramos el día de su santo el mismo día de siempre. Fui notando que era importante decirle más a menudo que antes, lo guapo y elegante que era. Recuerdo que el primer año del tránsito, en Navidad, le regalé una corbata (no se la ha puesto nunca, je je).

Ha habido también algún momento molesto, la típica metedura de pata con la mejor de las intenciones. Por ejemplo, le acompañé a comprar unas gafas nuevas y yo, con el fin de ayudarle a decidirse, le dije al óptico que sería mejor un modelo más masculino. Bien, pues a mi hijo le sentó fatal.

Me gusta recordar sucesos, anécdotas, recursos y simbolismos que me han ayudado a la plena aceptación del tránsito.

Pitiusa
Mayo 2020

Saulo i Maribel

UN DÍA DE FINALES DE AGOSTO DE 2016

Han acabado las vacaciones y está pensando en la reentre académica...comenzará un Master en la UAB. A nosotros, sus padres, nos parece que este último año de carrera ha sufrido mucho agobio y lo atribuimos a la presión de los estudios, a pesar de que el resultado académico ha sido muy bueno.

Lleva todo el verano casi sin dormir por la noche, intentando tratamientos naturales, sin resultado. De hecho, siempre ha tenido un carácter muy extrovertido, pero aunque mantiene un pequeño grupo de amigos, vemos que se está retrayendo, le cuesta aumentar el círculo de amistades, y le cuesta hacer de nuevas.

Durante la comida le preguntamos, puede que un poco inquisitoriamente, por su estado anímico, nervios, ansiedad, duerme mal, problemas digestivos, tiene náuseas y ha adelgazado mucho, etc. Después de insistir que no quiere hablar del tema dice que no pasa nada, a continuación deja caer que no se identifica con su cuerpo ni género asignado y que está pensando en ir a una psicóloga.

En nuestros rostros se podrá adivinar la sorpresa, pero más allá de la sorpresa se abre un posible camino hacia el conocimiento de cómo está, de cómo se siente, de poder saber qué problemas no nos explica y cómo le afectan. En definitiva, vemos en ese malestar general que intuimos que padece hace tiempo, y que ha ido en aumento, una explicación más allá de la presión de los estudios o los problemas inherentes al tránsito de la adolescencia a la edad adulta y el futuro que se abre ante sí.

Debido a esta situación de ansiedad, que le impide dormir y comer, empieza a tratarse con antidepresivos i ansiolíticos y a visitar a una psicóloga durante 1 año. Paralelamente empieza sus visitas a Trànsit.

En los sucesivos días hablamos durante horas sobre su proceso, sus sensaciones, deseos, y proyecciones de futuro. Es muy satisfactorio, tanto para él como para nosotros, y nos abrimos totalmente a sus necesidades, a intentar comprender, a veces sintiéndonos mal por no

habernos dado cuenta antes, y no haberle evitado sufrimiento innecesario. Y a veces, también, porque no nos lo ha contado antes. Siempre hemos querido aceptarle como es, dándole confianza para que nos contara cualquier cosa.

Hacemos un paso muy importante para él, hacer el cambio de armario. Cuando fuimos a comprar ropa con la que se identificara: ropa interior masculina, etc., estaba felicísimo, decía que lo había deseado tanto y no se imaginaba que llegara a ser realidad. Al principio ciertas prendas chocan un poco, ahora es lo más normal del mundo.

De la sorpresa a la acción, y ante esta revelación intentamos seguir informándonos, para intentar saber y comprender qué le pasa. Entramos en contacto con Transfamilia que se complementa con el gran soporte profesional y sanitario de Trànsit.

Asistimos a nuestra primera reunión de Transfamilia.

En una primera y rápida incursión en internet, vemos que hay diferentes asociaciones donde se organizan, se debate y se encuentran las personas que sienten una disonancia entre el sexo morfológico inicialmente inscrito y la identidad sentida, personas trans. En concreto nos ponemos en contacto con Transfamilia.

¡Qué bien saber que estás entre iguales y que te transmitan el cariño, el soporte y la experiencia de otros padres y madres que han pasado por lo mismo!

En la primera reunión que asistimos explicamos sus dudas, su proceso y escuchamos de otros familiares otros procesos, coincidentes en algunos aspectos y diferentes en otros. Nos explican que es la dinámica habitual de las reuniones. Al inicio se dan a conocer los familiares nuevos y se discute sobre las diferentes experiencias.

En todo caso, en la absoluta mayoría de los casos se explica que se pasa de la mayor o menor sorpresa a la aceptación y a poner por delante su derecho a la felicidad, para lo que es fundamental una identidad que se corresponda con cómo se sienten.

La asistencia como padres a las reuniones de Transfamilia, y también a otros eventos, charlas, teatro etc. durante estos años, nos reafirma que nuestro objetivo es su felicidad y nos estimula a acompañarlo en esta transición. Su participación en grupos de jóvenes trans facilita esa identificación y le reafirma en la necesidad de iniciar un proceso de masculinización.

Primera visita en Trànsit e inicio del proceso.

Desde el primer momento nos sorprendió la eficiencia para dar- nos hora, y desde la primera visita encontramos un buen trato y empatía muy satisfactorios. Estamos agradecidos a tan grandes profesionales. Por su Cercanía y humanidad.

Tiene muy claro que quiere modificar su cuerpo y tener una apariencia más de acuerdo con su sentir, lo que se corresponde con lo que socialmente es considerado como propio del género masculino. Sabe que en este caminar en busca de su identidad cuenta con el apoyo de sus padres. Comienza el tratamiento hormonal y desde el primer momento plantea que quiere realizarse la doble mastectomía, cuanto antes mejor.

Su madre no lo ve claro, de forma tan inminente. Hay varias conversaciones sobre el tema, ella ve la cirugía como una cierta agresión, quizás no necesariamente esencial desde su punto de vista. Cree que todo va demasiado rápido, que hay que pensárselo más. Le cuesta aceptar la intervención. Necesita más tiempo. Con los meses se produce el proceso de aceptación, de ver que no se trata de dañar el cuerpo, sino de liberarse, ya que los problemas de ansiedad y un intento de llevar binders solo producen ataques de pánico y agobio en el pecho.

Se llega a un compromiso: cuando sea posible, se puede operar. Para ello tenemos que recurrir a la privada, ya que en la sanidad pública la lista de espera lo hace inviable.

Según nos informa el médico, la operación ha ido muy bien. A las cinco lo llevaron a la habitación y allí lo pudimos ver. Pasamos esa noche los tres en el hospital y al día siguiente marchamos para casa.

Nos llama Carmen de Transfamilia para preguntarnos cómo ha ido la intervención. Nos recuerda que la recuperación es lenta y molesta pero,

sobre todo, que tenga paciencia. La realidad es que él hace todo lo que puede e intenta no quejarse mucho, lo afronta con mucha valentía, porque es algo muy deseado. Estamos contentos, le mimamos. Sus amigas y amigos le visitan en casa, dándole mucho apoyo y se siente feliz.

Inscripción en el registro civil

La inscripción en el registro civil con su nuevo nombre y posteriormente recoger su nuevo DNI, significa acabar con los problemas que se producen por la disonancia entre la identidad de género y el nombre que consta en el documento. La búsqueda de empleo en esa situación es complicada. Ahora, es todo más fácil.

Acabado el máster y después de enviar unos cuantos currículos durante meses, consigue, ya con su nueva identidad, su actual trabajo.

Cuatro años de transición.

Han pasado casi cuatro años y la valoración de su vivencia creo que es muy positiva. Se siente muy identificado con su cuerpo. Además, toda la familia y sus amigos y amigas han entendido y le han apoyado en el proceso de cambio. Su transición y, también la nuestra, creo que ha sido francamente positiva.

Ahora, hay que seguir avanzando y normalizar una realidad, la de la diversidad sexual y afectiva. En la empresa donde trabaja no se ha atrevido a declararse como persona trans, a hacer frente a una identidad diferente a la normativa. La relación con los compañeros y compañeras es excelente pero todavía no es una situación plenamente normalizada, pesan mucho los estereotipos, no se siente seguro para explicar su condición de persona trans.

En otros ámbitos, continúa manteniendo su grupo de amigos/as desde el instituto con los que vive plenamente su nueva identidad.

La transición continúa.

Saulo i Maribel

TRANSITANDO

Cuando supe que mi hijo pequeño era una chica transexual, suspiré aliviada. Veníamos de una época difícil, muy difícil, en la que había visto peligrar su estabilidad física y emocional y la mía también. Llevaba meses encerrado en sí mismo y había desistido de las responsabilidades que un chico de su edad suele asumir. Las relaciones personales eran inexistentes, tanto las familiares como las de las amistades. Las obligaciones escolares las había tirado por la borda. Estaba muy perdido y se había abandonado. No sabía qué le pasaba, creo que él tampoco.

Era el tercero de mis hijos. Sus hermanos, con sus intensas adolescencias, me habían enseñado mucho acerca del lugar que ocupa una madre en ese momento en la vida de sus vástagos. Me enseñaron a saber separar mis expectativas en relación a ellos, de lo que ellos realmente quieren; a no basar mis ilusiones vitales únicamente en las suyas; a saber alejarme de ellos justo lo necesario para dejarles espacio para su crecimiento, a pesar y a costa de sus tropiezos; me enseñaron, a no evitarles esos tropiezos... En fin, aprendí a estar ahí, acompañando de perfil, sin más intrusismo que el que me permitían, en el camino de vida que cada cual escogió para ir hacia la adultez.

Así que, cuando mi hijo pequeño entraba en su adolescencia me sentía más segura y más preparada que nunca para hacer un buen acompañamiento en su evolución hacia su vida de adulto. Pero toda esa seguridad saltó por los aires con su conducta. Estaba viviendo su adolescencia de una forma muy dolorosa y cerró la puerta a dejarse acompañar de ninguna de las maneras.

Estaba muy desubicado, no estaba situado en el mundo, nada lo definía. Hizo intentos de averiguar qué era lo que le generaba tanto malestar: por qué no encajaba en ningún sitio, qué era lo que le hacía distinto a los demás... Pero lo único que conseguía era aumentar su congoja, nada colmaba las expectativas que tenía de encontrarse a sí mismo y se sentía cada vez más desorientado, hasta el punto al que había llegado, de abandonarse y hundirse en su angustia. Y yo, por supuesto, me empapaba de todo ese martirio.

Quiso el destino que, en ese mismo periodo de mi vida, en pleno sufrimiento y cuando mi hijo aún no había revelado su transexualidad, estuviera tratando con ella desde otro escenario. Era tutora de un alumno que estaba haciendo el tránsito hacia el género femenino. Fueron unos meses emocionalmente intensos. Aprendí mucho con mi alumno, con su familia, con el personal especializado que nos acompañó en todo el proceso y con el resto del alumnado y familias. Doy las gracias a la vida por haber puesto en mi camino esta situación justo en el momento adecuado. Me abrió los ojos a un tema que yo desconocía y me preparó para afrontar la situación que después viví con mi hijo.

Por eso vi la luz cuando se desvelaron las razones de su malestar, temía otros motivos más preocupantes para mí. Sin embargo, la causa por la cual se sentía tan mal no era, para nada, baladí. No se trataba de la consabida soledad y aislamiento de adolescente, ni siquiera de esa desorientación existencial que a esta edad muchos jóvenes acusan. Estábamos lidiando con la identidad de su persona, con el pilar sobre el que se construye todo lo demás: la relación consigo mismo, la relación con el otro, su autoimagen, su autoestima... Mi hijo estaba viviendo en una identidad con la que no se identificaba, el sufrimiento era enorme.

Sí, en ese momento, y a pesar de lo delicado de la situación, sentí sosiego. Sabía qué pasaba y por dónde podíamos empezar a construir un nuevo camino de vida. Tiempo habría de repensar la situación. Tiempo habría de enfrentarme serenamente a ella y a sus implicaciones. De momento estaba tranquila y confiada. Los golpes que me había dado la vida hasta ese momento me habían enseñado a poner distancia, a no tener expectativas fijadas y a confiar en el futuro. Mi salvación era y es siempre el mismo pensamiento: “este dolor no durará eternamente, pasará”. Y, creedme, normalmente se cumple.

Han pasado ya tres años. He visto en mi hija un cambio muy positivo en su vida y no me refiero sólo a la transición. Tiene objetivos vitales e ilusiones que comparto conmigo, ha establecido comunicación con la familia, ha creado un pequeño círculo de amistades, incluso tiene pareja. Por supuesto su "tránsito" sigue adelante, es lento, sosegado, paso a paso. No es una persona muy locuaz, nunca lo ha sido. No siente la necesidad de explicar y justificar al mundo su realidad, simplemente

se coloca en él tal y como es y deja que cada cual intuya, interprete y se posicione. Cierto es que se expone poco y cuando lo hace busca, consciente o inconscientemente, el respaldo de las personas de vínculo.

Aún queda mucho camino por recorrer, tanto en su transición como en sus propósitos de vida. Presiento que será arduo y laborioso. Hay muchos esquemas mentales que cambiar y muchos prejuicios que desmontar. Ella lo sabe, es consciente.

Pero es fuerte, sensata y está demostrando determinación y coraje para enfrentarse a todos los retos que tiene por delante, como luchar contra el estigma que la transexualidad tiene aún hoy. Y en ese camino no está sola. Sabe que tiene la gran suerte de contar con una familia ya acostumbrada a esas luchas. Luchas en la que se rompen cánones y estereotipos, en la que se aceptan las supuestas excepcionalidades como normalidades, en la que la mirada hacia el otro es limpia y no se hace a través de los clichés aceptados por la sociedad. Estamos acostumbrados, y ahora nos toca luchar por ella, con ella. Sabe mi hija que, para nosotros, “quien es, importa más que lo que es”. El amor que sentimos por ella es incondicional y el respeto sublime, máxime cuando su situación la coloca, de facto, en desventaja en esta sociedad. Lo más importante es que los suyos le den un lugar, sólo eso le otorgará la suficiente fortaleza como para romper las barreras que se presenten. Y ese lugar ya lo tiene en las personas más allegadas y lo va conquistando, poco a poco, en las más alejadas.

En cuanto a mí, observo con orgullo, alegría y expectación su evolución. Aún estoy en lo mental, quizás no esté todavía preparada, a pesar del tiempo pasado, de trascender al plano emocional y mucho menos al espiritual. Tiempo habrá.

La mente es muy sabia y a veces creo que me está preservando, dosificando las emociones, pues es mucho lo sufrido. Cuando duele la vida y duele tanto que el sufrimiento se hace insoportable, la mente achica las emociones para sostener el ser.

Serena R.

GRACIAS
